

Yo soy un pájaro ahora

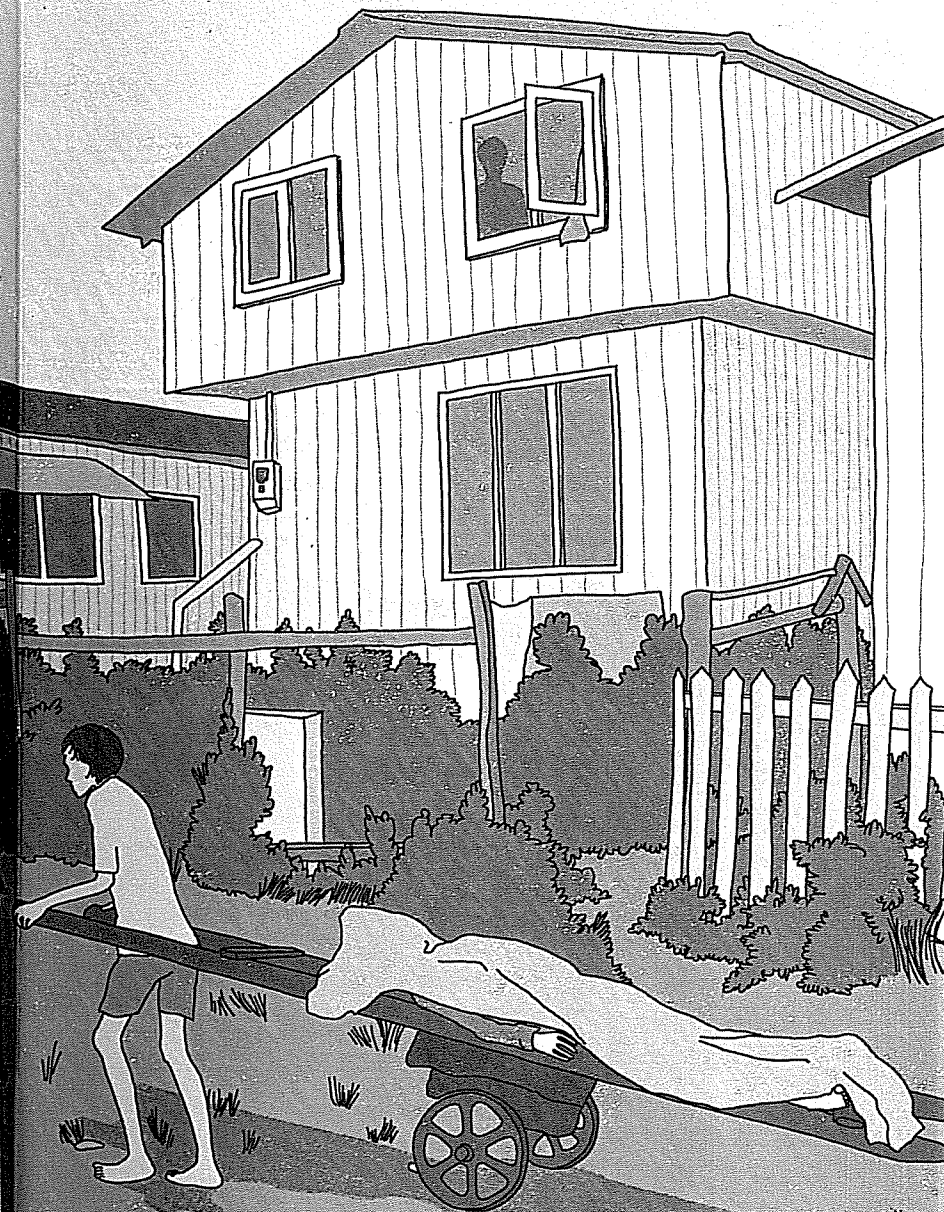
Vladimir Rivera Órdenes

El planeta avanza hacia su ocaso y en el sur de Chile, entre estuarios y relieves cordilleranos, se vive un fenómeno de hambruna y crisis ambiental que sus habitantes llaman Holodomor, como el holocausto ucraniano del siglo pasado. En este entorno degradado y agobiante, los personajes de los siete relatos de *Yo soy un pájaro ahora* intentan preservar los vínculos más esenciales: el amor por los hijos, las relaciones de pareja y la complicidad con las mascotas.

Un trasbordador que avanza a la deriva con una tripulación de infectados, un animal gigante que acecha la intimidad del hogar y el supervisor de una faenadora de pollos que ha perdido a su hijo de siete años, son algunos detalles de las historias que, con la pericia del buen guionista, Vladimir Rivera Órdenes despliega dosificando magistralmente la información y manteniendo siempre en vilo al lector.

Un universo inquietante, cargado de imágenes de devastación y peste, en plena coherencia con el paisaje interior de sus personajes, que parecen atacados por el virus de la soledad y la melancolía. Un territorio postapocalíptico donde las historias, sin embargo, dejan siempre un último aliento de esperanza y humanidad.

Vladimir Rivera Órdenes
Yo soy un pájaro ahora



ISBN 978-956-9398-23-0



9 789569 398230 >

Montacerdos
EDITORIAL

Vladimir Rivera Órdenes

Yo soy un pájaro ahora



Proyecto financiado por el Fondo Nacional de
Fomento del Libro y la Lectura, Convocatoria 2018

Yo soy un pájaro ahora
© Vladimir Rivera Órdenes, 2018

Primera edición en Chile: Montacerdos, Santiago, 2018

© Montacerdos ediciones, 2018

Ilustración:
Ales Villegas

Diseño:
Ian Campbell

Primera edición: julio de 2018
ISBN 978-956-9398-23-0

Montacerdos ediciones
Eduardo Castillo Velasco 1610
Santiago de Chile
www.montacerdos.cl

Impreso en Chile / *Printed in Chile*

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, sin autorización
de los editores, la reproducción total o parcial de esta obra por
cualquier medio o procedimiento.



Hush-a-bye

Don't you cry

Go to sleepy little baby

Go to sleepy little baby.

CURRENT 93, "All The Pretty Little Horses"

Don't bury me, I do you charge.

But on the ground there let me lie.

POEMA MEDIEVAL IRLANDÉS. ANÓNIMO,

"El horroroso fantasma"

Yo soy un pájaro ahora

Me dejó una carta sobre la mesa de la cocina. No la vi cuando salí de casa. Recién la noté al mediodía, mientras preparaba el almuerzo y Alex no llegaba de clases. Llamé al colegio y me dijeron que no había ido. Me preocupé. Llamé a sus amigos, pero nadie lo había visto. Ese día había comprado los pasajes para ir a Tierra del Fuego, como le había prometido.

A veces hacía eso. Desaparecía. Le gustaba estar solo. Le gustaba encerrarse a jugar con sus legos. Nunca tuvo amigos, ni siquiera virtuales, hasta que se lo mencioné. Entonces, cuando hablaba solo, me decía que hablaba con Mar. Era nuestro juego.

Para su cumpleaños número siete llegaron los compañeros del primer grado, pero Alex se encerró en su pieza, no quiso estar con ellos. Inconscientemente culpé a su madre: era el primer cumpleaños sin ella. Había sido trasladada a Tierra del Fuego y se dedicaba a contar las gotas de lluvia. Pedí disculpas, para todos era incómoda la situación. La mayoría se quedó unos minutos y luego se fue. Cerca de la cena comió su pastel. Le canté el

"Cumpleaños feliz". Irene lo llamó desde el trabajo. En Tierra del Fuego era recién de amanecida.

Esa noche leímos unos cuentos de los hermanos Ávalos. "La soledad del sol". "Hay un sol que está solo". Era bonito el cuento. Lo tapé. Antes de salir de su pieza me dijo: "fíjate si duermo con los ojos abiertos o con los ojos cerrados". Le respondí que cerrados. Agregó que siempre veía todo, que estaba seguro que dormía con los ojos abiertos. *extrema visibilidad / visión*

Debí haberle preguntado qué veía.

A eso de las tres de la mañana me desperté por el frío. Me hice un té. Pasé por su habitación y me senté junto a él. Lo miré como siempre, como cuando se mira la inmensidad de la vida. Tenía sus ojos cerrados. Su rostro suave, tan lleno de eso que llamamos amor.

Nunca pensé que se mataría a los siete años.

2

Siempre
visión ameba
En las noches despierto con estertores desde hace dos veranos. Me pongo calzas, un sweater viejo, lo que sea. Hasta me he puesto mi buzo. Camino por la casa de noche, a oscuras, sin encender la luz. Paso por la habitación de Alex, pero nunca me atrevo a mirarla. Siento que mi piel se eriza, que todo lo que soy se vuelve un líquido viscoso. Una ameba.

Los libros, la música, el aire que respiro no tienen ningún sentido. Las abejas, lavarse los dientes, trabajar

y comer no tienen ninguna importancia. El aire no se siente; los colores, la luna, las miradas no existen.

Tampoco el miedo.

No existe.

No está.

Se pierde en alguna nebulosa. La niebla se hace transparente. La sangre ya no asusta y te acostumbras a la parálisis del sueño. Entonces piensas que eres inmortal.

* Porque ya nada vive, ni tú, ni él, ni nosotros.

3

Y no sale el sol. Ni la luna. Todo desaparece como lo hacen los pixeles en la televisión.

4

—¿Cómo estás? —me pregunta desde el otro lado de la línea.

Sobre el escritorio de mi oficina, aún mantengo su fotografía. Estamos los tres, fuimos de paseo al campo. Cuando nos tomamos la foto pensé: ¡cuánto los amo!, pero me quedé en silencio. Siempre callo. Soy una especie de programa con error.

—¿Cómo estás, Tito? Acá bien. Sí, aún hay mucha nieve. Eso es bueno. Este año hubo dos lluvias ácidas.
* Nadie come carne, eso está bien. Hice un retrato bordado con la foto de Alex. Siempre me acompaña. Le puse unas

aureolas como esos santos antiguos que tenía tu mamá. A veces extraño el sol y pienso que sería bueno volver, pero ¿volver a qué? ¿Te acuerdas de cuando nació Alex? ¿Te acuerdas de ese paseo que hicimos al campo antes de su nacimiento y vimos una nube con forma de conejo? ¿Te acuerdas de cuántos días estuvimos sin dormir cuando cayó al hospital?

La dejo hablar. Recuerdo cada segundo, cada momento, el antes y el después, como si me transportara a esa zona oscura que llamamos amor. Juego con mis lápices en una habitación donde no tengo sombra. Nada se refleja, ni las pantallas, ni los computadores. Ni mi cuerpo.

Suena la alarma. Le digo que debo cortar, que al parecer hubo un incidente en la planta. Me cuenta que a pesar de todo me extraña, pero es necesario que haga mi vida. ¡Hacer mi vida! Ese es el lema, el mantra que me repito día a día. ¡Hacer mi vida!

—Sección 7. Salida. Sección 7.

—Hablamos —murmura, mientras en mis pensamientos grito “amor”.

Corto y salgo a la sección 7. La fábrica que no para, no se detiene, veinticuatro horas al día, trescientos sesenta y cinco días al año. Ocho millones de pollos directos a su mesa. El mejor servicio, la mejor empresa. Marinados. Sin aditivos. Naturales. El pollo es sano, es nutritivo. El alimento del pueblo. He visto gente que viola un ternero, pero a un pollo, no, señor, nunca he visto eso.

Apenas llego a la puerta, el guardia me pasa el video.

✓ Lo miro. Una chica intenta robar pollo en su bolso.

—¿Dónde está?

—En la cámara. Le pegó a uno de los guardias.

—¿Qué dice ella?

—Que alguien le puso el pollo ahí, que nunca ha robado.

—¿La revisaste?

—Fue en el punto ciego.

Asiento. Voy a la cámara. Apenas llego noto que es una niña todavía. Le pido su número, la reviso: historial limpio.

—¿Qué pasó?

—Ya le dije. Me pusieron el pollo en el bolso. Nunca he robado. No necesito.

—Las cámaras muestran que tú lo llevabas —miento para presionarla—. ¿Por qué lo hiciste? ¿Sabís las cosas que pasan allá afuera? ¿Conseguir pega? Imposible.

—Sí, escuché lo del Holodomor. Pero le juro, no fui yo. ¡Que muestren los otros videos donde se supone saqué el pollo!

La miro. Se preocupó por lo menos de instalarse en los puntos ciegos de la cámara. Le digo que debe pasar la noche en la celda de aislamiento porque ya activamos los protocolos.

—No puedo quedarme. No puedo.

—¿Por qué?

—Mi hermano está solo en la casa. No tengo quien me lo cuide.

—Es el protocolo.

—Está solo, es muy chico.

—¿Qué edad tiene?

—Siete.

—¿Y tú?

—Veintiuno, señor. Por favor, déjeme ir a casa.

—No puedo saltarme el protocolo. Lo que puedo hacer es que vengan pronto, te tomen las huellas y te vas.

—¿Y cuánto se demora eso?

—Tres horas más menos. Es tarde. En la noche todo funciona más lento.

Llora.

—No ha comido en todo el día... Me espera, señor.

La miro. Suena la alarma. Cambio de turno. Firmar las fichas. Hacer conteo. Reporte de vacunas. Mirar el cielo sin que nadie se dé cuenta. Morir en brazos ajenos. Su sombra de ti, de tu recuerdo.

Salgo. Miro a la chica por la ventanilla. Llora. Pienso que todo esto es una mierda. No debió meterse en líos si tiene un ser querido al lado. Eso lo dicen los manuales: No te metas en problemas. Los problemas te arrastran. No lo hagas.

Defectos En la sección tres hay un infectado. Apenas llego. Les pido el código del virus. Es un retrovirus. Hay que contar todas las piezas, las plaquetas.

—¿Cuántos camiones salieron?

—Ninguno, don Tito.

—Cierren todo. Que venga sanidad y revise.

—Pero vamos a estar parados toda la noche.

—¿Y qué querí? Tienen retrovirus. Cuenten. Ahora. Ya.

Los chicos comienzan a desmontar los camiones. El sonido de las máquinas se detiene. Apenas vuelvo a la oficina, llamo al Gerente de producción, quien de seguro

duerme. Debo llamar tres veces. En la última me contesta. Le cuento que hubo una fuga, pero que la detuvimos a tiempo, que apliqué el protocolo. Me dice que viene. Le sugiero que siga durmiendo, que no salió ningún camión, que todo está bien, nada de qué preocuparse. Me responde que es su puto trabajo preocuparse. Cortamos. Miro hacia los pasillos del frigorífico. Veintidós hileras, repartidas de tres en tres, con treinta y cuatro puestos cada hilera, cada uno con un número, con su turno. Los miro, los dos mil operarios están ahí, en sus puestos, inertes, vestidos con su delantales blancos, sus guantes, sus máscaras como soldados de una guerra biológica. Internamente los quiero enviar al casino hasta que venga la supervisión, pero los debo dejar ahí, quietos, cada uno en sus puestos, como sombras químicas en espacios vacíos, como virus en estado latente. Antes de ser supervisor me había pasado dos veces. En la primera de ellas tenía muchas ganas de cagar, pero no podía salir del radio establecido por el protocolo. Era una humillación. Pero en casos así no puedes hacer mucho. Me hice caca en los pantalones. Así es esto.

Enciendo las pantallas. De ahí los puedo ver a todos. Cierro los ojos y maldigo. Pienso: Que se mueran todos y que se mueran de una vez.

Miro hacia la ventana y llueve. Sentado en una oficina de un frigorífico al fin del mundo, pienso que debí dejar ir ese camión.

Como
- Sombras químicas
en espacios vacíos
- virus latente

Cerca de las cinco de la mañana llega el fiscal. Revisa los antecedentes de la chica. Al parecer nada grave. Huérfana. Estudió para técnico en Contabilidad, pero no ha conseguido trabajo, salvo cosas esporádicas. Vive con su hermano. Su papá se fue hace un par de años, su mamá murió de EV-D68. La misma historia que más de la mitad de la planta repiten. Este es un pueblo que multiplica la pobreza como Jesús el pan de cada día. Apenas sale el fiscal me dice que debo echarla. Asiento.

La miro por la ventanilla. Miro el reloj. Me llama mi jefe y me pregunta si ya reanudamos la producción. Le respondo que no, que aún están analizando las muestras. Maldice. Me cuenta que tiene a su hijo enfermo, que no puede venir a la planta hasta la mañana. Asiento. Le digo que todo está controlado, que no es necesario, que si surge algún inconveniente lo llamo. Se tranquiliza. Me dice que soy el hombre fuerte de la planta, que no sabe cómo resisto toda esa mierda. Sonríe y le doy las gracias. "Las gracias", pienso. Miro desde mi oficina hacia la planta. Todos en sus puestos con sus trajes blancos, en silencio, muertos de frío, ateridos, la mayoría de ellos quisieran estar en sus casas, con sus seres queridos. Lo más probable es que me maldigan en silencio. 2000 personas maldiciendo

Suena el citófono.

—La chica dice que quiere irse.

—Que se vaya... No, no —recapacito—. No puede irse, mientras los de sanidad no den la orden.

—Se lo diré, jefe.

Miro su ficha. Lleva dos años con nosotros. Nunca la había visto o si la había visto ya había olvidado su rostro como suelo olvidar todo. Nació en Arrau Méndez, un barrio pobre, antiguo. Hizo su práctica en Coca-Cola cerca de Aysén, pero no quedó trabajando. Al parecer tuvo que regresar a su casa. En la foto de su CV se ve feliz, cabello largo, no como ahora que lo tiene "al cero"; en esa vida las cosas parece que iban mejor. O por lo menos eso pensaba cuando organizamos el cumpleaños número cinco de Alex. Con Irene teníamos el mismo turno, así que decidimos hacer algo en la guardería. En el casino estábamos los tres, a las dos de la mañana cantando el "Cumpleaños feliz", comimos una torta de tres leches, que era la que le gustaba a Alex. Compramos una botella de Coca-Cola, unos gorros de cartón con forma de sombrero duende y le di como regalo una nave de los Thundercats. Estaba feliz. Se durmió en mis brazos. En la mañana lo pasé a dejar al colegio. Llegamos a casa e Irene se fue a acostar. Yo preparé el almuerzo y luego me dormí. Cuando desperté cerca de las cuatro de la tarde, Irene me había dejado una nota donde decía que se había ido a casa de su mamá, que nos veríamos en la planta. Apenas se cerró la puerta del frigorífico a las ocho de la tarde me llamó y me informó que tenía licencia médica y que no era necesario que Alex fuera a la planta o que lo cuidaran los abuelos, que ella lo haría. El problema de las licencias era que apenas terminaban te cambiaban de turno. Así

estuvimos tres meses más menos. Yo en la noche, ella en el día. Nos acostumbramos a vernos en la entrada de la planta, mientras Irene ponía su tarjeta de entrada; yo, la de salida.

—¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú, Tito?

—Bien. Pedí que me cambien de turno para que estemos más tiempo juntos.

—Buena idea. Quizás también sea bueno que vuelvas a trabajar en la construcción... en la Patagonia se necesita gente.

Nos miramos. Recuerdo que éramos dos sombras blancas en un galpón azul iluminado con luces led.

—Pasaré al supermercado, te dejaré la cena.

—No es necesario. Prefiero comer algo liviano.

—¿Alex almorzó bien?

—Hoy sí.

Le di la mano. Quería besarla, pero le di la mano. Esa sensación extraña que te embarga cuando eres el jefe y te crees el dueño de una superioridad moral alienígena. Ella también quiso besarme, pero terminó repitiendo mi gesto.

—Nos vemos, Molotov —sonrió, mientras se perdía en un mar de fantasmas blancos rumbo al lugar más frío del mundo a desplumar las aves más prolíferas del planeta.

Entonces suena el citófono.

—El fiscal dice que venga, jefe.

Bajo las escaleras, paso raudo por medio de los pasillos donde los operarios están todavía en sus puestos. Llego a la pequeña sala y el fiscal, me dice:

—Falta uno.

—Un qué, señor.

—Falta un pollo contaminado.

6

Se encienden los grifos y comenzamos a bañarlos a todos. Uno por uno, operario por operario. Una solución de sulfato desinfectante. Mujeres jóvenes, mujeres viejas, hombres jóvenes, hombres mayores, todos, uno por uno, por orden de registro. Lo más probable es que el turno de la mañana deba adelantar su ingreso en unas dos horas, ya que el turno de noche estaba potencialmente inválido para seguir trabajando por hoy. La última vez que activamos un protocolo por infección de retrovirus aviar fue hace siete años, cuando Irene tenía tres meses de embarazo. Esa vez fue por una mucosidad en los pollos. Yo era operario. Nos bañaron a todos. Irene pidió que no la bañaran hasta que la viera un doctor, que el químico podía ser riesgoso para el bebé, pero no accedieron. Yo tampoco presioné, entendí que era lo correcto. Cuando llegamos a casa Irene se fue a acostar y se puso a llorar. Le pregunté por qué lloraba, si le dolía algo, pero se quedó en silencio. Dos días después me dijo que le había dolido la barriga y que había soñado que nuestro hijo nacería con la forma

de una sombra, sin rostro, que por eso lloraba. La calmé.

Los próximos seis meses fueron complejos: ¿y si fuese cierto? ¿Si Alex venía con alguna malformación? ¡anda tú a saber qué cosa le ponen a esos químicos! Cuando lo sostuve en mis brazos y lo vi llorar, sano y salvo, me tranquilicé. Le conté los dedos. Le sentí la respiración.

Presas: *Presas: ruidos*
 ↗ Sin embargo, seguí soñando con sombras, con perros solitarios a orilla del camino, con mariposas solitarias.

—¿Qué haremos con la chica?

—¿Cuál chica?

—La que está en la celda.

Asiento. En ese momento la planta poco a poco iba quedando vacía como Detroit luego de la debacle. Tiempo después le llamarían el Holodomor.

La luces led titilan, nerviosas. Una mariposa nocturna vuela solitaria y cae al piso envenenada. Si tuviese corazón lo más probable es que se le haya detenido de golpe como una bomba nuclear.

Camino hacia la celda. Miro a la chica por la ventanilla. Está sentada, con la cabeza entre las piernas. Le doy un golpe a la puerta.

—¿Por qué se detuvieron las máquinas?

—De eso quería hablar contigo. ¿Ves lo peligroso que acabas de hacer?

—¿Qué cosa?

—Robar el pollo. ¿Qué pasaría si hubiese estado infectado?

—¿Están infectados?

—Pero... O sea, sí, pero no de esa manera. Pudiste morir.

—¿Y?

—Tu hermano, ¿qué pasa con eso?

—Lo más probable que hubiésemos muertos los dos. Es cosa de tiempo. Que te mueras después de mí no es ningún merito.

La miro. El vaho que sale de su boca, sus ojos negros, desafiantes, sus tatuajes que brillan en la luz fría.

—Me quiero ir

—No puedo dejarte ir.

Se quiebra.

—Mi hermano está solo.

—Pero tú cometiste un delito.

—Un error

—Un delito.

—¿Así tratabas a tu hijo?

Su mirada se clava en mis ojos. Siento la estocada. Su ira, como un virus, la corroe. Sé que me culpa de todo lo malo en su vida. Pero yo no soy la enfermedad.

—Lo necesita el fiscal afuera —me interrumpe uno de los asistentes.

Miro a la chica. Trato de buscar una gota de compasión y arrepentimiento en su mirada, pero solo percibo un rayo azul de odio. Salgo. Cierro la puerta.

Ya en el patio, uno de los responsables de salud me dice:

—Vamos a cerrar por tres días, quizás una semana.

—¿Por qué?

—Había rastros de un enterovirus D6 en otros pollos.

—Menos mal que cerramos la planta.

—Eran de la producción anterior —sentencia.

Imaginé a cientos de personas comiendo pollo y cayendo como moscas. Encendimos un cigarrillo. La luna está en alguna parte esperando el día para asaltarlo.

—¿Cómo se le fueron a pasar esos pollos?

—Yo estoy a cargo de las cuadrillas, no hago las muestras. Cuento cajas, cuantas salen, cuantas entran.

—Eres el jefe.

—Pero no veo las inyecciones. Los antibióticos, las muestras.

—Ojalá no se infecten muchas personas.

Compartimos el cigarrillo. El silencio. El frío. Luces celestes a lo lejos.

—Ya tienes un muerto a tus espaldas, no sé si vas a soportar otro.

Como un rayo, como un gato salvaje herido, le doy un golpe directo a la cara. Cae pesado, inconsciente. Una patada, dos, tres y cuatro, hasta que me canso. Tomo su cara y la azoto contra el piso.

La noche. A veces se viene el día como una ilusión.

7

Camino un par de kilómetros. Con Alex hacíamos este recorrido por lo menos una vez por semana. El amanecer. “¿Por qué te decían Molotov?”. “Porque era bueno para pelear, hijo”. “Yo creo que es malo pelear”. “Yo también lo creo, hijo”. Luego, la promesa de un buen desayuno.

Dormir en nuestras camas. Ver una película. Estudiar la materia de los cursos. Hablar con mamá cerca de las cinco de la tarde, antes de entrar al turno. Salir a comprar al supermercado. Leer un libro. Discutir sobre fútbol. Armar Legos, sonreírle a las cámaras de seguridad.

Me detengo a contemplar el campo. Las industrias a lo lejos, rugen, devoran el aire. Entonces decido regresar. Ingreso por la parte trasera, donde se bota la basura. El lugar sigue vacío. Los buses esta vez no llegaron como siempre. Hay tantas luces que no produces sombra. Llego a la celda, la abro, la chica aun está ahí, tirita de frío, su rostro está azul, sus manos dejan ver las venas, como si estuviera a punto de explotar. La subo en mis hombros y la saco del lugar.

Voy hacia el lado oeste, por donde pasa una caletera. Ahí nadie nos seguirá, si es que deciden hacerlo. En el frigorífico, millones de pollos que alguna vez alimentarían a un país entero, arden. El olor a quemado lo inunda todo.

Camino unos dos kilómetros por lo menos. La chica no despierta. Sus músculos, ateridos por el frío de la celda, no le responden. Me suda todo el cuerpo, lo siento helado. Llegamos a una pensión. Le digo a la señora que tuvimos un accidente, que es mi hermana pequeña, y que necesitamos descansar antes de regresar por el auto. La señora asiente. Me da un par de cafés calientes y pan amasado con queso. La acuesto en la cama y la cubro. Le cambio los calcetines para que sus pies entren en calor. Apenas despierta, me mira y quiere huir. Me trata de monstruo. De alguna manera le encuentro la razón.

deleto!
Saulco
the first

* Como un nido de
Caletera o
de winterland. → gongga

Trato de explicarle que la tuve que traer, que nadie la encontraría y lo más probable es que hubiese muerto de hipotermia.

—Quiero volver con mi hermano... Está solo.

Le digo que sí, que se tome su café y coma algo, que vamos a su casa. No tiene fuerzas, quizás nunca la tuvo, quizás son solo reflejos de sobrevivencia. Como cuando a los pollos les cortas la cabeza y pueden andar una hora más hasta que caen muertos. Su cuerpo tarda en enterarse de que ya no serán nunca más un ave.

Duerme. Despierta cerca del mediodía. Intenta irse, pero al ver que no la voy a retener, decide preguntarme por qué lo hice. Intento decirle que sé lo que se siente amar a un ser indefenso, pero finalmente señalo que era porque el fiscal no iría a buscarla y podría morir.

Se pone su chaqueta y me pide que la acompañe a casa. Me pregunta si estaré en problemas por hacer lo que hice, pero la verdad, ya perdí todo lo de valor en esta vida. Apenas le pago a la señora de la pensión, me dice que fue una noche extraña, que en las noticias dijeron que nadie podía comer pollo por lo menos en dos semanas y que si alguien sentía algún grado de malestar que fuera al hospital más cercano. Le doy las gracias por la información y nos vamos.

Caminamos varios kilómetros hasta llegar a los cordones poblacionales de la periferia. Cerca de la una de la tarde llegamos a su casa. Es pequeña, de latón, como muchas de las casas de ese sector de Chamiza. Entra rauda y ahí está su hermano, durmiendo frente al televisor. Lo abraza, lo despierta. Deja caer unas lágrimas.

La miro. La envidio. Deseo quitarla del lugar y abrazar al niño, sentir eso.

Salgo.

Las calles a esa hora siempre están despobladas. La gente trabaja. El olor a pollo quemado está en todos lados, como la nube tóxica de Fukushima. Los escolares juegan en sus colegios. El sol no se entera de nada de lo que ocurre.

Entro a un café. Sé que no puedo regresar a casa luego de haber golpeado al supervisor de seguridad. Como algo, pienso en algún lugar donde quiera ir. Miro las noticias.

En primer plano el rostro de la chica. Al parecer vendía pollos hace tiempo. Una pareja murió en Chamiza por comer pollo contaminado. Dos más están graves y una veintena en observación. Lo más probable es que ella misma haya comido. Eso la hace una infectada.

Salgo a la calle, respiro profundo. Entro a una cabina telefónica y llamo a Irene.

—¿Supe lo de la fábrica. ¿Estás bien?

—Sí, la abrirán en un par de días.

—Eso espero. En Angelmo pasó lo mismo y demoraron un año. Ojalá allá no pase eso.

—¿Por qué crees que ocurrió todo?

—Porque hay que tener cuidado con las cadenas de frío.

—¿Por qué se mató, Irene?

Quiero hacerle muchas preguntas, pero me quiebro.

—¿Por qué me dejó aquí solo? ¿Quién le dijo que podía irse, así?

Llora.

—Te acuerdas esa vez que se cayó en el parque, apenas caminaba. Fui a recogerlo, pero se puso de pie solo y caminó hacia a ti para que lo abrazaras... ¿Recuerdas eso?

Silencio. Somos dos seres que respiramos a miles de kilómetros el uno del otro.

—Cuando se despertaba iba a tu cama, a tu lado. A veces sentía envidia. Cuando estaba cansada, pensaba secretamente: “Que vaya donde Tito y lo acurruque”, pero antes de dormir, sabía que estaba en tus brazos y sentía envidia. No quería mi cuerpo, no me quería.

—Pero se mató.

Lloro. Siento su olor en mis manos. Su sonrisa. El mundo es esa cosa que está allá afuera, pero que no tengo ninguna certeza sobre ella.

—No fue tu culpa, Tito.

Le corto. Comienza a sonar el teléfono. Sé que es ella la que llama.

Camino calle abajo, donde alguna vez pasé los mejores días de mi vida junto a mi hijo. Me siento como un pájaro.

Mientras camino, la gente comienza a caer desplomada.

Arden.

Armas de destrucción masiva

Apenas despierto el grito está ahí. Los cuarenta que vamos en el trasbordador nos agolpamos en el pasillo. Don Gabriel intenta calmarla, la abraza. Sangra por los ojos. Un tipo de casaca negra la sienta en la butaca, le toma le presión. La ausculta mientras da estertores. Le inyecta un líquido rojizo. Mira los párpados, hace una mueca de desagrado. Se toma el cabello, nervioso. Acto seguido, nos mira a todos y murmura: "Vamos a morir".

El trasbordador había zarpado unos veinticinco minutos tarde. Yo también llegué atrasado. Un día pésimo. Tuve una mala clase, una reunión exprés con el decano. Más encima las noticias eran cada vez peores. El mar se había secado en algunos lugares del estuario. Pero la verdad yo nunca me compraba las noticias. Para mí todo era propaganda del régimen, parte de las armas de destrucción masiva del imperio para quebrar nuestra moral.

Mi hijo había abandonado Puerto Montt y se había ido junto a su madre a Tierra del Fuego. Me reclamó mi ausencia, pero salir de Chiloé esos días era difícil. Discutimos. Quería dinero para arrendar una pieza junto a

su madre. Siempre quería dinero, nunca le importó qué hacía yo para conseguir la plata mensual que le llegaba. Antes tenía más paciencia. Es cierto, lo consideraba un perdedor que más encima se había hecho de derecha. La universidad lo había cambiado. Consideraba que ser de derecha era una enfermedad y como tal, yo reaccionaba como se actúa frente a un viroso o un condenado a muerte, indiferente. Los rehúyo. Le intenté enviar un mensaje desde el trasbordador, pero no tenía señal. El tipo de casaca negra (después supe que se llamaba Martín O'Hara) era un escocés que venía a conocer las Torres del Paine. Hablaba bien español, era dentista. Se sentó en el E4, junto a la caldera. Yo me senté en la misma fila, pero al otro extremo. Me dolía la cabeza, necesitaba salir de Chiloé. Irme lejos un par de días, escapar del frío, de la lluvia, de la plaga de ratones que azotan las plazas. La chica, Sajonia, se sentó unos metros más adelante. Era bella, morena, ojos pardos. Tenía el rostro cansado. Delgada, muy delgada, pero con curvas. Todos la miramos, la vimos llegar. Se instaló, se puso unos lentes de sol y audífonos. Claramente no quería conversar con nadie. El chico que se sentó junto a ella —después supe que se llamaba Neftalí— llevaba un traje de tienda cara. Comenzó a hablarle, pero ella no le hizo caso, hasta le contestó groseramente. Él insistió. La vi, y como me pasa con muchas chicas guapas, me imaginé historias románticas. Sexo expreso, besos furtivos, masturbaciones, paseos a la playa. En eso estaba cuando se sentó junto a mí don Gabriel, un amaestrador de perros salvajes. Me pidió el asiento del medio, ya que no le gustaba la

ventana. Acepté. Hablamos de varias cosas. Me preguntó si había huido alguna vez del amor. Le respondí que no. Iba a explármelo cuando Sajonia gritó: un aullido fuerte, como de ultratumba. Todos miramos al tipo junto a ella, quien se puso de pie de inmediato. Tenía vómito en su camisa y su rostro estaba cubierto de sangre. La chica, Sajonia, se puso de pie, rauda, quería escapar. Parecía un zombie rabioso.

El dentista le pone el pie, trastabilla y la arroja al piso. La amarra, la sostiene fuertemente y nos dice que la chica tenía un virus.

—¿Zombie? —pregunto.

—Síndrome de Tierra del Fuego.

Nos dice que es una mutación de un virus recesivo con síntomas parecidos al VIH, pero más agresivo: contraes la enfermedad en la mañana y mueres durante la noche. Sabía que en Chiloé hubo un caso y que un noruego le puso ese nombre porque al final de la enfermedad el cuerpo arde, se enciende como un llama olímpica.

—¿Cómo se contagia? ¿Sexo?

—No se sabe, es muy pronto para determinar eso.

Todos miramos a Neftalí, quien vanamente se quita la sangre y el vomito de su cuerpo. Una señora propone encerrarlo en el baño, a ambos, para evitar el contagio. Neftalí se defiende, dice que no tiene nada, que si era sexual el contagio, él venía recién conociéndola. La propuesta de la señora toma fuerza de inmediato. No se alcanza a defender cuando ya lo han encerrado en el baño junto a Sajonia. Una de las azafatas nos dice que el capitán hablará con nosotros, que nos sentásemos, pero todos queremos

cuerpo
arde

que el dentista nos vacune. Señala que no es la cura, es una anestesia local, que usa para evitar la propagación. Quedamos decepcionados. Algunos claramente no le creen, pues piensan que la quiere vender, y muy cara. De pronto sale el capitán y nos dice que ha informado a la Capitanía Marítima y que estos han dado aviso al Ministerio de Salud. "Nos darán un protocolo para estos casos". Luego agrega que no tiene más información, que pensaba encallar en Calbuco, pero que le avisaron que no hiciera escala, que era mejor llegar directo a Puerto Montt y aplicar los protocolos. Para finalizar nos dice que en Chiloé se había producido durante este día algo que llamaron el Holodomor.

El capitán se dispone a entrar en la cabina cuando una azafata comienza a sangrar profusamente. Grita. Su cuerpo se contrae de manera tal que parece un ovillo de lana, un ovillo sucio. Nadie quiere tocarla. Entendimos de inmediato que el virus se contagiaba por contacto. Nos miramos. Yo grito y levanto mi mano: "yo no la toqué". Acto seguido, uno a uno comenzaron a levantar la mano los que no habían tocado a nadie. Automáticamente los que rozaron a algunos de los infectados, se fueron aislando. Se sabían unos condenados a muerte. Nosotros quedamos en la proa y el resto a babor. En ese mismo momento nos transformamos en dos razas distintas. Gabriel queda al centro. No sabía a qué grupo pertenecía. El dentista le dice que se fuera con los otros, que era mejor no tocarse, mientras no supieran como se contagia el virus. El dentista amarra a la azafata a una butaca. Se queja mucho, como se queja una persona con dolor de muelas.

Nos quedamos en silencio. Por una de las ventanas comienza a entrar la luz del atardecer. Se ve todo tan cálido. Nos sentamos a organizarnos. Un señor de guayabera nos dice que en la parte trasera están los salvavidas, que por lo menos había unos treinta. Nos contamos. Somos cuarenta y uno. De todas formas les hago ver que tenemos que encallar para ver qué va a pasar con nosotros, que el Ministerio no nos va a dejar solos. El tipo de la guayabera sonríe, nos dice que ve poco probable que bajemos del trasbordador. Una chica joven, escolar, se pone a llorar. Nos cuenta que va al funeral de su padre, que tenía que llegar ya que era la persona a la cual más había amado en la vida. El tipo de la guayabera le responde con algo de sorna, que no llore, que si todo va como él pensaba que iba a ir, en menos de un día estaría con su padre muerto. Lo hago callar por boludo. Se me enfrenta. Lo tomo del cuello y lo pongo contra una ventana. Le iba a dar un golpe, cuando el capitán grita: "no vamos a poder encallar".

Nos giramos hacia él. Nos dice que de la capitanía de puerto le informaron que el virus era desconocido, que Calbuco y Puerto Montt habían cerrado sus puertos y que estaban analizando si Talcahuano o Concepción nos podían acoger. Miro al tipo de la guayabera; se sentía orgulloso de haber sido el arúspice de toda esa mierda.

Los siguientes cuarenta minutos son eternos. Algunos ya comenzamos a sentir hambre. Hay un matrimonio joven con una niña pequeña. Se abrazan. La comida ha quedado en el otro extremo. Nadie quiere ir para allá. La niña quiere comer. Lloro. Alguien tiene una galleta

y se la damos, pero al parecer no es suficiente. Llevamos cuatro horas en un trasbordador cuyo viaje supone treinta minutos. Nadie estaba preparado para esto. Los del otro extremo tampoco están mejor. La muerte para nosotros es una posibilidad, para ellos una certeza que se acerca segundo a segundo. El tipo de la guayabera murmura: "que se mueran de una vez esas mierdas". Lo miro y extrañamente le encuentro razón. Faltan un par horas para que oscurezca y la lluvia ya ha comenzado. A lo lejos pueden divisarse un par de barcos bacaladeros. Sus banderas negras recuerdan a los bucaneros que alguna vez asolaron estos lugares. Pienso en mi hijo, en lo poco que nos conocíamos. En lo poco que lograremos conocernos. Habíamos establecido desde hace años solo una relación comercial, donde yo pagaba para estar un par de días al año con él. A veces detestaba su falsa seguridad. Por su parte, él también había renunciado a mi cariño. Nunca le di un consejo. Nunca me lo pidió.

El padre de la niña entonces se pone de pie y camina hacia la cabina. El tipo de la guayabera le espeta que si va para el otro lado, no podrá volver. El padre hace caso omiso y sigue su marcha. El otro grupo, el de los infectados, es más pasivo. No reaccionan a nada. Solo se quejan. El padre saca un par de panes, un jugo, unas galletas, una manta y vuelve a su asiento. El tipo de la guayabera se le cruza en el camino y le ordena que vuelva con los infectados, pero antes de que termine su frase, el padre le clava un cuchillo en la aorta. El cuerpo cae el piso como un saco de papas. El padre lo mira desangrarse. Mientras, la niña se acurruca en el regazo de su madre. Otras personas

gritan. Algunos solo sienten el presagio de lo que vendrá, donde quizás todos terminemos matándonos. Luego saca otro cuchillo y nos mira: "nadie impedirá que dé comida a mi hija". Se sienta, le da un par de bocados a la niña y queda en silencio. El tipo de la guayabera sangra unos cinco minutos hasta que da un par de estertores finales.

El dentista propone hacer las paces, que no necesitamos matarnos los unos a los otros, que el virus ha tenido un comportamiento anómalo, pero nadie más morirá. "Debemos estar unidos frente a este hecho". Todos queremos salir. Pienso en mi hijo, pero no en las cosas que hicimos o nos dijimos, sino en qué pensará de mí. ¿Se sentirá orgulloso? Si él estuviera aquí, ¿mataría por su alimento? ¿Sería mi amigo si me conociera realmente? ¿Qué pensaría de que he tenido imágenes furtivas de sus compañeras, desnudas frente a mí? ¿Que nunca amé a su madre y que la mayoría del tiempo inventé fantasías sobre cómo escapar de la paternidad! De pronto, don Gabriel nos dice que miremos por la ventana. Unos tres barcos de guerra se instalan en nuestro mismo eje. Llevan la bandera chilena. Pienso que vienen a custodiarnos, pero el capitán nos dice que esos barcos no nos dejarán encallar nunca, en ninguna parte.

Si un par de segundos antes la muerte era una posibilidad, ahora es una certeza. Nadie se salvará. Una señora se pone a rezar. Otros prontamente le siguen. Me quedo callado. Tengo miedo. Es extraño sentir miedo después de tanto tiempo comodo. Pienso en los salvavidas. Voy a la parte trasera del trasbordador, aprovechando que todos rezan. Abro el seguro y ahí están: veinticinco salvavidas.

Tomo uno y en eso aparece Gabriel. Me dice que tenemos que sortearlo. Le respondo que se joda, que no puedo hacer nada por él. Me arroja contra la reja, me doy vuelta y comienzo a golpearlo. Es un viejo, no me cuesta mucho dejarlo en el piso. Pienso en mi hijo y en las ganas que tenía de verme, de estar conmigo, no puedo fallarle. Salgo al pasillo. Todos me miran con cara de sorprendidos. Les digo que me voy, que no pueden hacer nada para impedirlo. La niña comienza a arder como una llama y luego el cuerpo del tipo de guayabera también arde.

En un par de segundos, el trasbordador se vuelve un lugar lleno de antorchas humanas, llamas, energía. Quedamos frente a frente con el dentista. Nos miramos como esos vaqueros cobardes que huyen después del robo. Le arrojé un salvavidas. Lo deja caer al suelo. Me mira con cara de asombro y de temor. Le digo que me acompañe o morirá igual que el resto. Me responde que no puede abandonarlos. "Allá usted", le digo, cerrando la conversación. Doy un par de pasos para arrojarme al mar, antes de que todo quede convertido en cenizas. El dentista aparece junto a mí.

Nos arrojamos. El vacío, el mar infinito, la sensación extraña de libertad.

Luego, el trasbordador comienza a arder.

La miseria es una mariposa

Durante la tarde, cuando hizo el amor con Sajonia Hueicha, Manuel notó algo extraño y terrible al mismo tiempo. No había salido ninguna gota de semen.

Sajonia lo miró seria, molesta. Le dijo que ya había empezado con sus cosas extrañas, que primero fue la eyaculación precoz, que después no se le "erectaba" y, ahora, sin leche. Se vio obligado a contarle que "le había apretado el cuello a la mariposa" en la mañana, que quizás eso lo había afectado. "¿En quién estabas pensando?". "En ti, amor, en ti". Sajonia no le creyó y lo echó de la habitación.

Ya en casa de su mamá, miró su pene, se lo tocó, lo acarició, se erectó, le apretó el cuello a la mariposa y de nuevo nada. Ni una gota de leche. Desértico como esas playas de Chamiza después del Holodomor. Se acostó, pero esa noche no pudo dormir bien. Soñó con perros en celo en el fin del mundo. Soñó con un hada y un duende y un niño muerto en la hambruna. Ya en la mañana no quiso apretar el cuello a la mariposa como lo venía haciendo hace veinte años, todos los días, en el mismo lugar y a la misma hora. Apenas llegó al frigorífico, chequeó

su tarjeta de ingreso. Lo revisaron con los rayos X por si ingresaba con algún contaminante. No querían repetir la peste de los pollos, no ahora, en una época donde la gente más necesitaba comer. Trabajó empaquetando los trutros, como también lo venía haciendo hace cinco años. Durante el almuerzo, en el casino, se mantuvo en silencio. Los demás hablaban de Juan. Le apodaban el Diablo porque le faltaban los dos dientes paleta y solo le asomaban los colmillos. Un chico silencioso, que en sus ratos libres leía poesía o peleaba kickboxing, que no hablaba con nadie salvo con su novia, una chica ucraniana también silenciosa, que se había venido después de la gran guerra Rusa; que ella lo abandonó, porque por alguna extraña razón, todos siempre lo abandonaban. Que se había suicidado de amor, dejó un video en coaca que nadie podía traducir y un dogy akita que ella encontró flotando en el río Damas; que logró salvarlo y darle un nombre: Kalku. A Manuel le caía muy bien Juan, era uno de los pocos con los que se podía hablar, aunque muchas veces no le entendía lo que hablaba. La tarde transcurrió como de costumbre, en silencio, colocando cada trutro en la caja, uno por uno, calculando intuitivamente el peso. Había aprendido a pesar con la mirada, sabía cuando un trutro pesaba cien o doscientos gramos. Pero ese día tenía ganas de llorar o de ir al doctor, y ambas cosas lo avergonzaban.

En el bus, el *piño* seguía hablando de Juan. No agregaban ningún dato extra de lo ya sabido. Se preocupó del *dogy*, nadie sabía con quién había quedado. Manuel había llegado del norte, era minero, pero las minas pronto cerraron. No conocía a nadie. No tenía familiares acá.

Apenas llegó a casa llamó a Sajonia. Hablaron, pero ella ya estaba cansada de darle oportunidades. Le dijo que quería un málchico de verdad, alguien que no la usara como un trozo de carne, que para eso mejor se compraba una *fisola* plástica. Manuel la entendió, sabía que ella le había dado muchas oportunidades. Antes de cortar la conversación le dijo: "Además aún no me llega la *ruler*". Cortó.

Abrió el refrigerador, estaba lleno de pollos. Pastel de pollo, pollo frito, sopa de pollo, sándwich de pollo. Pollo a la mostaza. Sintió ganas de comer semillas, comer lechuga, pasto. Cerró el refrigerador. Encendió el televisor y se sentó a navegar de canal en canal. En el fondo quería emborracharse, drogarse, un kit de soma o moloko, lo que fuera, pero no tenía dinero. Apenas le alcanzaba para llegar a fin de mes. Abrió un tarro de neoprén y se hizo un ñoko. Necesitaba irse de este mundo, volar, "tirar hasta quedar con el fierro pelao", comer vegetales, un día de playa, un trago de salón, buena música. La quinta y sexta inhalada de ñoko lo dejó pensando en cuanta soledad siente el sol, ese sol que siempre está solo. Ahí se sentía un Doctor Manhattan o un Vegeta huilliche. Ahí su pene era de dos metros, grande, duro como Mel Gibson en *Arma Mortal*, como baile de Jean Claude Van Damme. Se durmió. En la mañana se duchó y se apretó el cuello de la mariposa. Ni una gota de leche. Lloró en medio del agua fría.

En la tarde era el funeral del *bartolo* Juan, pero nadie pudo ir. La fábrica no podía detenerse. A la salida, pensó que sería buena idea ir a la casa del muerto, saber

qué había pasado con el *dogy*. Pero no encontró a nadie. Una pieza sola. La dueña le dijo que el *dogy* huyó, que la novia se llevó las cosas de valor y que había una caja con videos que nadie quiso. Manuel, sin dudarlo, se los llevó. En casa, los revisó uno a uno. El *málchico* hacía dibujos, recitaba poemas de memoria, hablaba consigo mismo, de él, de su niñez, de su *débochca*, una ucraniana. Casi veinte horas de memorias de un tipo que no le importaba a nadie. Ya en una de las últimas cintas de video dijo algo que lo iluminó completamente: "Quedé sin leche".

Reprodujo varias veces la misma parte: "Quedé sin leche. Seco como los mares de la zona oscura, como la carretera perdida de *Mad Max*". Se sintió feliz. No era el único que compartía su tragedia. Esa noche, el *ñoko* fue más dulce, más placentero. Soñó con chicas ucranianas vendidas como esclavas sexuales, con jeques árabes dueños de ejércitos electrónicos, con niños albinos que recitaban poemas en una calle fría. Con el Holodomor.

En la mañana, ya en el trabajo, preguntó si alguien sabía por qué Juan el Diablo se había suicidado. Había varias teorías, pero la que más creíble era que se había quedado "huero". Su mamá siempre hablaba de los huevos hueros, los huevos sin cría, los que no fecundan. "No te vayas a comer un huevo huero". Con el tiempo se dio cuenta de que habían muchas cosas hueras: pollos hueros, *débochca* hueras, *brocacochis* hueros como él ahora. Alguien más agregó que al parecer habían más casos de personas que se estaban quedando sin leche y que los estaban llamando uno a uno a exámenes. Esa tarde trabajó inquieto. ¿Si le descubrían?. Sabía de gente que eran

separadas de los grupos de trabajo solo por tener gripe. Y los tiempos tampoco estaban para quedar sin trabajo. El Holodomor había llegado al norte y la gente pronto comenzó a migrar. En el bus de regreso de la planta, muchos *brocas* estaban nerviosos. Uno de ellos, el menos preocupado, dijo que daban un poco lo mismo los exámenes ya que todos, todos, pero todos tenían alguna enfermedad. Las hormonas de los pollos, la contaminación. La sangre de un cerdo no se diferenciaba mucho de la de un humano. Y no era metáfora. Al día siguiente, mientras completaban las cajas, lo citaron con el paramédico de salubridad. Este lo examinó y lo primero que le preguntó era si le salía semen. Manuel pensó un segundo buscando qué respuesta dar y dijo que sí. El paramédico le pidió una muestra. Manuel preguntó para qué era, pero él no respondió. Le pasaron un frasco para que trajera la muestra en la semana.

Apenas llegó a casa. Revisó los videos de Juan, por si encontraba algo más. Pero no hubo ningún dato extra a lo que ya sabía. En uno de los videos estaba su novia: una chica ucraniana, muy delgada, altiplánica, albina casi, vestida de rojo. Parecía un virus mortal. Tomó su abrigo y salió en busca de ella, tenía que encontrarla. La dueña de la pensión le dijo que la chica se llamaba Mila, una muchacha que se había venido después de la guerra. Al parecer vivía en el sector de Rahue, donde habían llegado varios inmigrantes. Pensó: "¿qué tan difícil será encontrar una ucraniana en un lugar lleno de mestizos morenos como él?", pero apenas llegó, comprendió que el barrio, otrora lugar de pescadores y artesanos, ahora era el hogar

de un centenar de ucranianos que habían escapado de la guerra. Preguntó por Mila. Pero nadie quería hablar con los chilenos. Todos sabían que los chilenos se estaban quedando hueros. Él le dijo que necesitaba al *dogy*, que su amigo se lo había dejado. Un *brocacochi* le indicó la dirección donde vivía Mila. Una casa de dos pisos con varias habitaciones. Ella trabajaba en una cocinería en la carretera. Turnos largos. La esperó en la sombra, guarneciéndose de la lluvia. Cerca de la medianoche apareció Mila. Hacía frío, pero ella no podía dar calor. Cuando lo vio salir de la sombra, Mila aceleró el paso, asustada. Manuel le dijo que era amigo de Juan el Diablo. Ella se detuvo. Le respondió en ucraniano que la dejara en paz, que no quería tener problemas con nadie. Manuel le contó que la buscaba para saber qué había ocurrido con Juan y que temía que a él le estaba pasando lo mismo. Ella no quiso hablar, pero al ver el rostro descompuesto de Manuel, aceptó. Lo invitó a entrar. Hablaron. Manuel le ofreció un poco de *ñoko*. Ella aceptó, tenía hambre, tenía frío, tenía el recuerdo de un amor tatuado en el corazón. En un sillón dormía el *dogy*. Un akita de unos tres años más menos, grande, silencioso como suelen ser. Le contó que Juan había quedado sin leche hace un año más menos, que sus jefes no se dieron cuenta, que el doctor le dijo que era una bacteria. A la gente con el "bicho" los echaban. Muchos de ellos terminaron muertos, sin trabajo, en hambruna. Algunos dicen que así comenzó el Holodomor en la Patagonia. Manuel le preguntó que cómo pudo aguantar tanto sin que lo descubrieran. Mila miró el *dogy* y le dijo: "gracias a él". "¿Por qué?". Usaba la leche

del *dogy* para las muestras. Manuel se puso a reír, primero de extrañeza, luego sintió una fatal felicidad. Entendió todo. Los engañó como giles que eran. Saltó en una pata, pero al ver el rostro melancólico de Mila le preguntó qué pasaba. "Se enamoró y me abandonó". "¿De quién se enamoró?", preguntó. "Del *dogy*, se enamoró del *dogy*", gritó ella. Se puso a llorar, pero ahí Manuel atinó y le pasó un poco más de *ñoko* hasta que se durmió. Ya solo, a lo único que atino fue a llevarse al akita.

La noche estaba fría como siempre. Era un *málchico* y su *dogy* en el fin del mundo, donde todas las razas confluían.

Ya en casa, encendió la televisión, sin ánimo, solo para sentirse acompañado. Miró al *dogy* a sus pies y pensó que ahí estaba el ser que podría salvarle la vida. Sabía que tenía que sobarle la mariposa, pero no podía. Era un animal. Aspiró un poco más de *ñoko*, bebió un poco de aguardiente. Se dio valor. Acarició al *dogy* y él se dejó acariciar. Le tocó la entrepierna y el akita le lamió la mano. Y lo lechó, suave, como se ordeña uno de esos animales de granja. El *dogy* le dio besos en el cuello, mientras Manuel estaba inclinado. Se acurrucó en sus brazos y soltó su "maná". Ya en la mañana lo primero que le pidió el paramédico fue la muestra de semen. Le pasó el frasco.

Esperó toda la primera jornada, toda la tarde que lo llamaran, pero no lo hicieron. Notó que poco a poco los obreros se iban yendo, entendió que eran despedidos, abandonados a su suerte. El paramédico de salubridad lo citó a su oficina. Hablaron de la importancia de la alimentación, que no comiera tanto pollo, que integrara

verduras. Mientras hablaba pensó en irse lejos, en abandonar esta esclavitud a la cual voluntariamente se había sometido. Podía vivir sin casa, sin comer todos los días.

† Podía irse a una montaña y esperar ahí que el mundo se quemara, pero solo atinó a asentir. El paramédico le entregó sus exámenes. Le dijo que se cuidara y que apenas se quedase sin semen viniera a verlo, que él tenía remedios para eso. Manuel le agradeció su preocupación.

Al salir, el aire estaba frío como siempre, pero por primera vez desde hace mucho tiempo se sintió con un plan.

Pinochet love song

"A" siempre aparece en todas partes.

Hoy revisaba unos periódicos de los años ochenta y vi a "V". Tendría unos nueve o diez años. Sostenía un trofeo en sus manos. Cito en extenso el párrafo del periodista: "Gráciles, jóvenes, hermosos, con la palabra diligente siempre a flor de labios, con el verbo exacto, sabiendo el nombre de todas las cosas, todos los resultados matemáticos, descubriendo fórmulas químicas, practicando todos los deportes, tocando toda la música. Así son estos niños chilenos. Así son nuestros niños. Así serán los chilenos del siglo XXI".

En otro archivo, vemos a "V" sosteniendo un diploma. En el fondo, el escudo nacional. Junto a él está "A". Y al lado, Augusto Pinochet. Éramos setenta y siete jóvenes, listos, guapos, inmunes a todas las enfermedades, listos para enfrentar el Holodomor. Inocentemente despectivos con el resto, pero sobre todo carentes de emoción real. Éramos los dueños del mundo. Aunque el mundo entonces era un par de cuadradas de tierra, en una oscura ciudad como Parral.



En otro de los archivos estoy yo. Cuando Pinochet me dio la mano, me dijo mirándome a los ojos: "¿Así que usted es escritor?". Le respondí: "El mejor, señor, el mejor".

A unos metros, "A" sonreía, frágil, pura, mientras yo miraba el anillo anular del general. Pensaba que le estaba dando la mano al asesino de mi padre.

2

Me dice "A" que le gustaría que le hiciera una entrevista como esas que le hacen a las estrellas de rock, como si fuese un ping-pong.

Accedo a su petición.

- 1) El hombre que admiro es: nadie.
- 2) Lo que más placer me da es: los olores.
- 3) El olor que no soporto es: ninguno.
- 4) De un hombre no soporto: (me mira fijo) soporto todo.
- 5) Mi pecado capital: no creo en los pecados.
- 6) Qué olor me lleva a la infancia: todos.
- 7) Si fuese un animal cuál elegiría: un pájaro.
- 8) Augusto Pinochet: la enfermedad.
- 9) Me gustaría tener el talento de: nadie.
- 10) Me avergüenzo de: no volar ahora.
- 11) Lo que más quiero: las preguntas 7 y 10.

3

A veces pienso en el colegio.

Era una escuela de esas con número. La escuela E- 514.

Quedaba a una cuadra de mi casa; con mi hermano nos íbamos caminando. En el invierno, teníamos que usar abrigo y botas de cuero y encima nos poníamos una manta para el agua. Aunque a veces no llovía, pero igual teníamos que usar el abrigo y las botas. A veces también llegábamos todos mojados al colegio, porque con mi hermano nos gustaba jugar con la escarcha. Nos sacábamos nuestros guantes y rompíamos el hielo. Sosteníamos el hielo en nuestras manos y las arrojábamos como si fuesen balas de metal líquido.

A veces el profesor nos hacía volver a la casa y teníamos que traer la libreta firmada por mi mamá, pero ella nunca la firmaba, porque con mi hermano habíamos aprendido a falsificar su firma. En el verano, en cambio, usábamos unos buzos térmicos delgados y lentes para el sol y los rayos UV. Los buzos térmicos eran amarillos y tenían la bandera bordada en los brazos. Parecíamos astronautas. *→ Portavetrina*

Quando hablé por primera vez con "A", estábamos en la fila del vacunatorio. Cada mes nos ponían una inyección nueva, para probar la cura a enfermedades que algún día asolarían el mundo. Éramos los setenta y siete niños más sanos del mundo. "A" llevaba puesto un sweater amarillo, unos lentes blancos para el sol y dos tapones de nariz. Al parecer se había cortado ella misma el cabello. Ironíe si se lo había cortado con una tijera de cartón.

Me respondió que con un cuchillo.

Luego se quitó los anteojos. Sus grandes ojos verdes simulaban la mirada de un felino. Antes de que preguntase algo, me dijo que mi nombre era Matt Dillon. Luego se quitó los tapones de nariz y agregó que su nombre era Molly Ringwald. Luego le siguieron unos estertores. Sudé. Grité en silencio.

Me sentí como un astronauta frente a un ser de otro planeta, en un mundo que acababa de descubrir. En el aire había un extraño olor a azucenas.

4

El doctor le dijo que tenía epilepsia. Con "V" nos miramos e imaginábamos que iba a morir ahogada en un charco de agua, en veinte años más, en una casa solitaria en Chamiza, incendiada.

Sin embargo, fueron días duros. "A" no salió de casa y en las únicas oportunidades que lo hacía, era para ir a al doctor.

La extrañamos.

Con "V" tuvimos un verano caluroso y solitario, caminando por las calles polvorientas de Parral con nuestros lentes amarillos protegiéndonos del sol abrasador.

Un día "V" me dice que está enamorado de "A".

Le respondo que yo también.

Pero ella va a morir en una casa vieja en Chamiza, cubierta de fuego.

Yo estaré ahí cuando eso suceda.

Yo la voy abrazar y acurrucar en mis brazos.

La niebla no podrá con nuestro amor.

Nadie podrá con nuestro amor.

Ni Pinochet.

No, ni siquiera Pinochet.

—¿Cómo vamos a matar a Pinochet ahora? ✂

Nos quedamos sentados en las líneas del tren esperando que el día se terminara. En silencio. Siempre esperando. ¶

5

—Es un monstruo, nunca nadie sabe qué es lo que pretende —nos dijo a quemarropa.

—Nadie puede matar a Pinochet, ¿entiende? Es el amo del inframundo, es el ángel a la derecha de Dios.]

"A" se puso de pie. De seguro pensó en su padre, un ejecutado político. Algunos dicen que le dieron tres tiros en la cabeza y que antes de morir grito: "Viva el marxismo-leninismo".

No se acordó de su hija, no dijo "Cuídenla" o "(A) te amo con todo mi amor, y regresaré del infierno para estar de nuevo contigo, bebé".

No. Dijo: "Viva el marxismo-leninismo".

—Tengo un plan.

—¿Cuál? —pregunto.

—Lo haremos durante la ceremonia de este año, cuando nos den el diploma.

Pero no va a morir, porque los demonios nunca mueren.

6

Pero yo también tengo motivos para matarlo.

No puedo olvidarlo. No debo olvidar que debo ser el que jale el gatillo. Mi mamá llora todas las noches. Nadie sabe dónde está mi papá y mi hermano es un caballo que busca la libertad.

Eres el mejor de tu curso.

Eres el único que se aprende los poemas de memoria.

El único que ganaría un concurso en *Sábados Gigantes*.

Eres la más lúcida de las mentes confusas.

La verdad no es sobre Pinochet que quiero hablar, es sobre cómo Pinochet asesinó a mi padre y me dejó huérfano.

Todos somos huérfanos.

A todos nos mató Pinochet.

Todos somos de Parral y estudiamos en una escuela de mierda en Arrau Méndez.

Todos moriremos de depresión o devorados, pero moriremos, eso es lo cierto.

A todos nos llega el sol de la misma manera.

Soy la más confusa de las mentes lúcidas.

7

"A" me pregunta que cuánto la amo. Le respondo que el amor no se puede medir, solo se siente.

Me dice: El principio de incertidumbre de indeterminación de Heisenberg.

$$\Delta X \Delta P_x \geq \frac{\hbar}{2}$$

Te amo cuanto más lejos estás de mí.

Me dice: Teoría del caos.

$$dx/dt = F(x,r).$$

El efecto mariposa ¿será acaso que una mariposa está alterando el sistema? Es decir, ¿cada aleteo de la mariposas que siento en mi estómago ocasionará un caos tal, que solo habrá tragedia y más tragedia?

Caos
Tragedia

Me dice: Movimiento circular uniforme.

$$W = \square/T$$

$$V = W \cdot \text{RADIO}$$

$$W = \square/T = 2\square/T = 2\square F$$

Me dice: Ley de Ohm.

$$R = (V_a - V_b)/I$$

Cuanta más corriente siento, más potencia siento.

Me dice: Atracción eléctrica.

$$F = K \cdot q_1 \cdot q_2 / D^2 \quad (K = \text{Cte.})$$

Me dice: Energía cinética.

$$\frac{1}{2} M \cdot V^2$$

Me dice: Atracción gravitatoria.

$$F = G \cdot M \cdot M / D^2$$

¿Cuánto me amas?

Quizás soy el único que sabe lo que ella quiere decir.

8

Se entiende que el amor es una reacción química parecida a la que "sienten" ciertas especies. Las abejas reinas desprenden una feromona que hace que los zánganos se "embriaguen de amor". Los etólogos le llaman las bodas tánicas, pues el macho una vez que fecunda a la hembra, es decapitado. En la vida real, Enrique VIII hacía lo mismo, se casaba para finalmente decapitar a la reina. Un grupo de científicos descubrió el gen del amor el Lhx6, es decir, una combinación genética que hace que ciertas personas se sientan más propensas a enamorarse que

otras. Esto hace que genéticamente estamos determinados para ser monógamos o polígamos. O en otros casos, ¿qué buscamos en las relaciones de pareja?, ¿ser decapitados? ¿Se han dado cuenta de que hay personas que en cada relación pierden algo de sí mismo? O Nunca se fija en la persona adecuada como si buscara que le corten la cabeza. ¿Genética social?, ¿predeterminismo genético?, ¿dónde queda el libre albedrío?, ¿dónde la poesía?

"A" me dice que nunca se ha enamorado, me dice que el amor es una secuencia de ADN manipulable, que ciertos químicos pueden alterar o manejar como, por ejemplo, el *mushap* o *semayuca* secreta un líquido que hace que dos personas no se separen nunca más.

"A" no es la misma. A veces le pregunto qué le ocurre, pero es como un témpano, como *Le parfum de la dame en noir*, como una abeja reina, que si te acercas demasiado te cortará la cabeza. "P", en cambio, es como el triángulo de las Bermudas, misteriosa, incógnita como un código genético sin descifrar, frágil como una pelusa de plátano oriental.

¿Dónde estás, "P"?

9

"A" se fue apagando cada vez más. Encerrando en sí misma como una ecuación sin resolver.

Con "V" y con "P", quien apareció mucho después en nuestras vidas, nos dedicábamos a esperarla, a escribirle

poemas, a rayar las calles con su nombre. A cantar bajo la lluvia, bajo la niebla.

Nuestro plan para matar a Pinochet cada día se hacía más lejano. "V" me decía que ya había sido elegido para ser parte de la premiación nuevamente. Yo aún no, pero igual que los últimos tres años de seguro que nos elegirían.

Somos los más bellos, los más hermosos, los más inteligentes. Somos los niños más sanos, lo únicos que sobrevivirán al Holodomor. Somos los niños de siglo XXI, nos van a decir. Y nos darán un diploma y nos llevarán a comer a algún restaurante.

En eso estábamos cuando "P" me tomó de la mano y me llevó a un lugar apartado. Me bajó el pantalón y me dio una mamada. Nunca me habían bajado el pantalón ni me habían dado una mamada.

Entonces, ¿qué se siente que se muera tu padre?

No era mi padre, solo me dio un premio por ser el mejor escritor a los diez años.

10

Entonces, un día "A" apareció toda pálida, delgada, como un alma en pena. Abrió su cuaderno y nos mostró el plan.

Un plan simple.

Dos pastillas. Una de vasopresina y otra de midazolam. Las había robado del vacunatorio. La primera es capaz de generar oxitocinas tan poderosas que en altas dosis te pueden matar la hipofisis.

—Se conoce como la droga del amor —nos dijo.

—¿Y el midazolam?

—Sirve para inducir un coma.

—¿Qué pretendes?

Nos miró en silencio, mientras sus ojos verdes estaban fijos en otra parte: el infinito o algún lugar de esta ciudad perdida en los mapas.

—¿Por qué quiere usar oxitocinas, "A"?

No hubo respuesta. Solo silencio. En el Parral de los años ochenta, quedarse en silencio era una marca de la casa.

11

*Suposiciones
celulares*

Entro a su casa por la ventana. Ella lee unos cuentos de Edgar Allan Poe. Me acuesto a su lado. Escucha música en una radio a pila. Su casa es de adobe. Sus ventanas traseras son de nylon y ella parece una princesa gótica en un cuento realista.

Me abraza en silencio. La abrazo en silencio.

—Ya sé por qué quieres usar vasopresina y midazolam.

Ella sonríe, sabe que entiendo sus mensajes de amor en formulas matemáticas y que sé leer su poesía en las pastillas químicas.

Me da un beso, se gira, le toco las tetas y se lo meto por el culo. Le doy un par de estocadas y dejo que todo fluya, que todos los muertos se ahoguen en su mortandad y que la sangre de mi sangre se mezcle con sangre viva.

Entonces eyaculo.

Entonces siento que estamos solo ella y yo perdidos en el mundo de los muertos, de los sin padre, de los niños sin amor del puto siglo XXI que nunca empieza.

12

La vasopresina sirve para generar oxitocinas, la droga del amor y el midazolam sirve para inducir el coma. Entonces cuando se mezclan, el corazón late a mil por horas como un caballo desbocado, sintiendo, solo sintiendo y de pronto, ¡pum!, el corazón se detiene como cuando un tren choca con un abismo.

Entonces.

Pinochet muerto de amor.

13

Nos despertamos temprano aquella mañana. Me duché en el patio como siempre, con el vapor saliendo de mi boca, con ese dolor y satisfacción que solo se siente cuando el agua helada en invierno cae en tu espalda.

Nos juntamos en la esquina de Tarapacá con Aníbal Pinto. "V" traía un midazolam y "A" una vasopresina.

Apenas entramos en el gran salón, nos fuimos a instalar. En el otro extremo, los profesores y las autoridades, todos vestidos con sus uniformes militares. Entonces el presentador dijo que el presidente general capitán de la república venía un poco tarde. Puso en un equipo

de música un disco de Emmanuel e inconscientemente para todos nosotros el tiempo pasó más rápido.

Nos miramos. Sabíamos que después de que terminara todo este show de diplomas y medallas vendría el coctel y ahí se terminaría todo. Solo dos pastillas contra el demonio, contra el padre que nos hizo a todos huérfanos.

"A" se veía decidida, en sus manos estaba la cura, el maná sagrado que podía hacernos volver al cielo, el principio y fin del amor.

Le pregunté si estaba segura de lo que haríamos.

Nos darán la pena de muerte.

Ya estoy muerta.

Nos darán cadena perpetua.

Ya estoy en prisión.

Entonces, el presentador se paró en el centro del escenario. Comenzó un murmullo como un tsunami.

Y lloró.

Nos dijo: El presidente general capitán de la república ha muerto.

14

Nos detenemos en la línea del tren. Nos sentamos a esperar que el día pase. Nos quitamos la corbata de colegio público.

Nos tomamos un ron barato y nos fumamos un cigarro mata piojos. ¿Dónde estás, papá?

Nunca sabré nada de ti y ni leerás estos libros que escribiré. Nunca sabrás que tus hijos murieron en una casa vieja en Parral, ni que me aprendí todas las fórmulas matemáticas del amor.

¿Te acuerdas por qué te dio un premio?

Sí, por ser el mejor escritor de mi generación.

Sí.

Ahora ya no hay enemigo.

Claro que no, nunca lo hubo. Los enemigos lo son cuando tienen el mismo peso gravitacional.

Entonces partimos la pastilla en tres. Nos miramos como suelen mirarse los soldados en la guerra, con pudor y con la convicción de que no hay regreso. *

"V" se la traga, luego "A".

Tengo ganas de huir, pero en este pueblo no hay lugar donde pueda esconderme.

Me tomo la pastilla. Nos damos las manos, y nos miramos fijamente, con detención, disfrutando los últimos segundos de esto que llaman vida.

Veremos nuestros rostros, veremos nuevos días, seremos olvidados, no seremos la belleza que anunciará el siglo XXI.

Entonces pienso en todos los libros que no escribiré.

Entonces pienso que aunque escriba tú nunca los leerás.

Y nos apagaremos.

Y seremos esto.

Le doy un beso a "A", ella sabe que nunca más seremos.

Entonces mi corazón se acelera.

Entonces espero en silencio que en algún minuto se detenga.

5

4

3

2

1

Mar

Mi hija Mar andaba complicada desde hace tiempo, discutía y peleaba con su hermanita Isidora. Un día incluso la mordió. La tuvimos que llevar al psicólogo, dijo que odiaba a su hermana, que desearía que no hubiese nacido. Usó la expresión "que se muera". En casa nunca hemos usado expresiones de ese tipo y sonaba extraña en una niña de cinco años. Nos metieron en una terapia. Hicimos ejercicios, actividades: yoga, caminatas, historias de hoponoponos y menos drogas para niños. Las cumplimos a cabalidad. Sin embargo, su odio hacia su hermana seguía creciendo. Inconscientemente caímos en el juego para verla feliz. Las fuimos separando. Yo hacía actividades con Isidora, su madre con Mar. Un día la volvió a golpear. Eso me enojó mucho y le di una bofetada muy fuerte, pero al segundo me arrepentí. Lloró. La saqué a pasear. Le pregunté de dónde sacaba esas palabras, que nosotros no las usábamos. Me dijo que de Aníbal, el chico que vivía en nuestra casa. Le respondí que en casa no vivía ningún Aníbal. De inmediato me acordé de la abuela de mi señora, que tenía esquizofrenia y que, tal

vez, se la había heredado a Mar. Lo hablé con mi señora, también con el psicólogo, al parecer era común tener amigos imaginarios a esa edad. Una noche, cuando le leía un cuento, me contó que se iría con Aníbal, que su casa era más entretenida. Se me erizó la piel. Me enojé. Dos días después se negó a ir al jardín, se orinó. Con mi señora decidimos, después de una larga discusión, que lo mejor era no forzarla. Al tercer día volvió a morder a Isidora. La situación nos desbordaba, no queríamos caer en ningún químico más para calmarla. En esos mismos días vi un reportaje en la televisión sobre cámaras de circuito cerrado que se instalaban en las casas. “¿Quieres saber qué hace tu hijo cuando no estás?”, rezaba el cartel. Respondí mentalmente: Sí, quiero saber. Así lo hice, quedaría al tanto de qué hacían las chicas cuando yo no estaba. En esos mismos días nos turnábamos con mi señora, quién se quedaba con Mar y quién con la Isi, porque juntas no podían estar.

Un día hablamos con Mar, le dijimos que si seguía así, nos iríamos todos y la dejaríamos sola en casa. Mar ni se inmutó. Nos respondió, con resiganción o soberbia, que quizás era lo mejor. Nos miramos. Tenía apenas cinco años y nos ponía a prueba a cada segundo de nuestras vidas. Pensé que dejarla sola, asustarla, sería una terapia que le serviría. Nos fuimos los tres. Mi señora y la Isi se fueron al parque Yo me quedé en el auto, espiando por la cámara de circuito cerrado. Extrañamente, Mar hizo las mismas cosas que hacía siempre. Se sentó en su mesa, hizo sus dibujos, fue al baño, armó sus bloques, todo igual hasta que de pronto, vi una sombra que pasó tras ella.

Me extrañé. La seguí con la otra cámara hasta la otra habitación; luego la seguí con una tercera cámara. Era cierto. Era una sombra humana, más grande que una persona común y corriente. De pronto la sombra comenzó a hablar con Mar. Me asusté, fui a abrir la puerta del auto para correr a casa, que estaba a unos metros, pero las puertas del auto estaban trancadas. Miré la pantalla y los dos me estaban mirando directo, por una de las cámaras, las cuales comenzaron a apagarse una a una, hasta quedar incomunicado.

Rompí un vidrio y corrí a casa. Fueron unos diez o veinte segundos, no más. Pero al llegar no había nadie. Mar había desaparecido.

Eso mismo le dije a la policía. Eso mismo le dije a mi señora, pero nadie me creyó. Todos me sacaron en cuenta la bofetada que le di. Me quedé solo. Tuve que ir a firmar una vez por semana. No pude salir de la ciudad por mucho tiempo, ni ver a la Isi. Después vino el Holodomor. Les perdí el rastro a todas. La imaginé en esas filas de personas que de tanto en tanto se encontraban en todas partes, hambrientas, enfermas.

Así estuve veinte años, hasta que un día fuera de mi puerta apareció Mar. Me dijo que me había perdonado. Era ella, aunque nada se le parecía. Tenía otro cabello, otro color de ojos. Era una chica grande ya. Le hice unas pruebas de ADN. Coincidió en un 99,9 % con mi ADN.

Era Mar. Era mi hija y había vuelto. ¿De dónde?, ¿para qué?, eso nunca lo supe.

Perros en la orilla del camino

Voy a cerrar la cortina para irnos a dormir y ahí está, en el patio, mirando fijo hacia la casa. Un perro enorme, largo, oscuro. Sus ojos brillan. Siento temor, pero me contengo. Pienso que puede ser una alucinación. Los niños me esperan en sus camas para leerles un cuento. Cierro raudo las cortinas y fijo bien la puerta. Javier, el más pequeño, me llama para que vaya a su habitación. Mientras camino pienso en lo que acabo de ver. Apenas llego donde Javier, me siento junto a su cama y le leo un libro de cuentos que me regalaron en la gasolinera. Siento unos pasos pesados sobre el follaje de otoño. Javier me pregunta si eran pasos. "Es el viento, Javi", lo alivio, pero no puedo quitarme la imagen del perro. Al rato se queda dormido. Lo cubro. Me detengo en el pasillo y miro a su hermano, quien también duerme.

Bajo a revisar unas pruebas que debía entregar el día siguiente. Mi esposa escribe su artículo de moda cada viernes. Ha logrado que una editorial de la capital la publique. Eso la ha tenido un poco nerviosa. Me muestra

el texto para que le dé mi opinión y la verdad, tengo muy poco que aportar.

—¿Por qué miras a cada rato la puerta?

—Nada, es que el viento me pone nervioso —le respondo.

Siento que la casa se mueve, como un leve remezón. Ella mira los vidrios que vibran.

—Fuerte el viento.

Asiento. Me acerco a la ventana y ahí está, ahora acompañado de otro perro, del mismo tamaño, grande, blanco. Sus ojos brillan en la oscuridad. Siento miedo. Vuelvo a mi asiento, pero no me contengo y le digo a Camila:

—Tienes que ver esto.

Le agarro la mano y vamos a la ventana. No hay nada.

—¿Por qué me hacís siempre esto?

—Pero es verdad, no te iba a mentir, eran unos perros gigantes, del porte de la mesa. Me hace un gesto de fastidio y regresa a su computador.

—Mañana tengo que entregar dos páginas y más encima no me ayudas en nada. Camina hasta la cocina, se toma un vaso de agua y cuando levanta la vista, ahí está. Un perro enorme, de ojos brillantes mirándola por la ventana.

—Los niños —grita.

Subo corriendo las escaleras. Javier no estaba en su cama.

—Javier, Javier...

Voy a la pieza de Martín. Duerme. Aún tiene su espantacucos encendido. De pronto, se abre la puerta del

baño y ahí aparece Javier. Lo tomo en mis brazos, lo acurruco y lo llevo a nuestra pieza.

—Quédate aquí y no salgas.

Asiente, confundido.

Voy por Martín, lo despierto y lo llevo conmigo. Camila nos espera ahí.

Le digo que llame a la policía. Marca. Apago todas las luces para que no nos vean desde afuera. Solo dejo encendidos los espantacucos. Bajo a mirar, a cerrar bien cada una de las puertas. Tapo las ventanas con muebles. Algunas de ellas tienen rejas así que difícilmente entrarían por ahí. Tomo un par de cuchillos de la cocina. Nunca tuve armas, nunca las tuvimos, por los niños, por Camila, que las odia y por mí, que suelo ser muy torpe cuando tengo miedo. Agudizo el oído para escuchar los pasos. Un ladrido suena a la distancia. De pronto escucho un grito de Camila: “¡Ramiro!”. Subo corriendo los peldaños.

—¿Están bien?

Camila tiene a los niños en sus brazos.

—¿Qué pasa? —murmuro.

—La Cucha —me dice imitando mi murmullo.

—¿Qué pasa con ella?

—Está en el patio.

—Mierda.

Hago una pausa. Noto que sus ojos brillan. Quiere que salga.

—¡Papá! —exclama casi llorando Javier.

—No voy a salir.

Le habíamos regalado a la Cucha cuando era un niño, días después que los doctores le habían detectado una

✓ extraña enfermedad llamada EV—D68, un enterovirus. Fueron dos años muy duros, de terapias, de exámenes, de viajes a Santiago con el corazón en la mano. Una enfermera se lo dio el día que nos dijeron que quizás no se recuperaría, pero ahí está ahora, más vivo que nunca.

Bajo al primer piso. Miro por los recovecos de las ventanas. No se ve, pero tampoco hay rastros de los perros salvajes. Comienza a lloviznar. Una lluvia fina, tupida, los árboles se mueven cada vez con más brío. Pienso en la Cucha, quizás esté en la leñera como siempre lo hace o en el tractor donde suele dormir. Eso espero, eso deseo.

Decido dar vueltas alrededor de la casa, por la parte interior. Por cada uno de los orificios miro hacia fuera. Mis ojos de a poco se acostumbran a la oscuridad. Cucha. Gata de mierda. Los perros, al parecer, se han ido. Respiro aliviado. Subo para preguntar si la policía vendrá.

—Me dicen que no —susurra.

—¿Pero podríamos morir?

—No digas eso frente a los niños.

—¿Vamos a morir, papá? —pregunta Javier, levantando la voz.

Niego con la cabeza.

—No, no vamos a morir —respondo disculpándome.

—¿Y la Cucha?

Niego con la cabeza.

—Nadie va a morir —dice—, vamos a esperar que amanezca para irnos.

—No creo que nos podamos ir.

—¿Por qué?

—Porque el pueblo está cercado por perros —respon- do seco.

Me mira con ira. Me recrimina en secreto, como siempre lo ha hecho.

—Acuesta a los niños. Iré abajo a ver qué pasa —ordenó susurrando.

Camila asiente. Antes de bajar me dice:

—Revisa si la Cucha entró.

Bajo las escaleras. Intento conectarme. Busco ejemplos que grafiquen a qué le temen los perros. Tormentas, fuegos artificiales, ruidos molestos. Es decir, nada de lo que tengo en casa. Reviso uno de los estantes y encuentro un extintor pequeño. Rociarlo y encenderlos, quemarlos vivos.

Me siento en el sillón. Miro hacia las ventanas. Las estrellas brillan a lo lejos. Me siento como un vigilante frente a la peste. Miro las pruebas sobre la mesa, sin revisar. Los dibujos de Camila, que seguramente un editor en alguna parte de este país alguna vez quiso.

La página se demora mucho en cargar y en ese momento suena la puerta. Un golpe suave. Agudizo mis oídos, siento miedo. Vuelven a tocar. Luego un susurro:

—Ayuda.

Camino hacia ella, trago saliva y pongo mi ojo en la mirilla. Ahí está: un hombre muy delgado, manos largas, ojos rojos y un sombrero.

—Ayuda —repite.

Siento un hielo que recorre mi espalda.

—Váyase de aquí, ya viene la policía.

Mete sus manos a un bolso, negro como una sombra y desde el interior saca un pequeño objeto, el cual se mueve.

Es la Cucha.

—Unos perros querían comerse este gatito. Lo he guardado, me dijo que vivía aquí.

—Váyase de aquí.

En eso siento una mano helada detrás mío, me giro y doy un golpe al vacío. Siento que algo salta lejos. Un cuerpito. Es Javier. Sangra de narices.

—Es la Cucha la que está ahí, papá.

—No —respondo rápido.

—Sí, mi niño, es ella, pero tu papá, no me deja entrar —susurra desde afuera.

—Abre, papá.

—No puedo abrir la puerta.

A lo lejos se escucha un ladrido.

—Apenas termine la lluvia vendrán.

Camila baja presurosa, viene con Martín. Nos mira. Ve que Javier sangra por la nariz.

—¿Qué le pasó?

—Se pegó.

—Eres un maricón.

Un maricón. Me recuerda el día que nos informaron de la enfermedad de Javier. Tomé un bus a Bariloche y regresé dos días después. Camila siempre pensó que quería abandonarla porque no quería hacerme cargo, pero la verdad es que estuve llorando, sin saber qué hacer. Por primera vez en mi vida no tenía un plan, no tenía a qué asirme ni donde refugiarme. Tenía miedo, mucho miedo.

El futuro era una nube envenenada.

—Mi Cucha, papá, mi Cucha.

Miro a Camila, buscando su comprensión.

—No puedo abrir.

Ella me mira fijo. Sé que quiere que salga. Piensa que soy una mierda, un cobarde. Miro a Javier. Lo abrazo.

—Hijo, entiende, no puedo abrir.

Javier me da un golpe en las canillas y sube corriendo a su pieza.

Camila me mira con furia. Tomo a Martín de la mano y lo abrazo.

—Ayuda —se escucha un grito desde el exterior.

Acaricio la cabeza de Martín.

—¿No quieres que lo deje entrar, verdad?

Martín asiente. Escucho un grito de Camila. Sostengo a Martín en mis brazos y subimos. Javier tiene estertores similares a los que tenía cuando le hacíamos las inmunoterapias. Lo sostengo, Camila le pone una toalla húmeda en la cabeza. Lo abrazo fuerte y mantengo su temperatura. Palidece. Siento frío, mucho frío.

A los pocos minutos logramos calmarlo, pero se ha desmayado. Lo acuesto. Martín se pone a llorar. Camila va donde Martín, lo toma en brazos, pero Martín llora con todas tus fuerzas.

—Cállate —le grito—. Nos pueden escuchar.

—Haz algo, maricón de mierda —me grita Camila.

Bajo corriendo las escaleras.

—¿Qué quieres de nosotros?

—¿Puedo entrar a dejar el gatito? —me pregunta.

—Ándate de aquí o te mato.

Me enfurezco. Voy hacia la cocina y sacó unos enormes cuchillos. Prendo el interruptor, pero de improvviso las ampolletas comienzan a explotar. Una a una como una bomba de racimo.

Me escondo debajo de una puerta. Hay gritos en el segundo piso. Agazapado entre los muebles llego a la escalera y subo corriendo, cuchillo en mano. Camila está bajo la cama junto a Javier.

—Martín, Martín ¿Dónde estás?

Silencio. Lo busco a tientas. Sudo helado. Siento que el aire frío me quema.

—Aquí estoy, papá.

Logro visualizarlo junto a la ventana. Un claro de luz recorta su pequeño cuerpo. Salto sobre la cama y lo abrazo.

—No tan fuerte, papá.

Siento mi cara húmeda. Lo palpo. Su cara está completamente mojada con algo viscoso.

—Me duele, papá.

Miro mis dedos, sangre. El viento se cuela por la ventana. No hay vidrios. La ventana ha explotado. Siento a Martín. Su pequeño cuerpo sangra por todos lados. Intento vanamente quitarle las esquirlas de vidrio.

—Estoy cansado.

—No te duermas, Martín, no te duermas.

Lo sostengo para que no se siente.

—¿Qué pasa? ¿Qué le pasa a Martín? —pregunta Camila.

Dejo caer mis lágrimas, mientras en vano intento sacarle los pedazos de vidrio.

—¡Martín, Martincito!

Martín me da la mano. Lo abrazo.

—Dile a Javier que se me olvidó entrar a la Cucha... se me cerró la puerta.

—Tranquilo, mi amor..., tranquilo, no te preocupes.

—Y dile que era mentira lo del ratón de los zapatos.

Comienza a toser. Se sienta y posa su cabeza entre sus piernas. Su respiración se hace cada vez más leve.

—¡Martín!

Miro su cuerpecito, pequeño, su cabello ondulado, sus manitos ágiles. Un día me dijo:

—¿Por qué no me enfermé yo, papá?

—Porque tú eres el fuerte de esta familia. Eres una máquina. *me le
Négras*

—Pero yo no quiero ser una máquina.

—¿Por qué no?

—Porque las máquinas son las últimas en morir. Y yo no quiero ser el último en morir.

—Bueno, entonces no —me reí mientras lo subía al resbalín.

Sostengo su cuerpo y lo cubro con una manta.

—Martín, ¿dónde está Martín?

—Duerme, Camila, duerme.

Entra viento por la ventana, entra lluvia.

—¿No vas a cerrarla? Pueden venir los perros.

Me pongo de pie y comienzo a cubrir las ventanas. Voy habitación por habitación. Llego hasta la de Martín. Aún tiene encendido su espantacucos. Me siento en la cama. En el velador hay un foto en la que estamos juntos, arriba de un cerro.

—Quiero volar, papá.
 —Algún día volaremos hijo. Tendremos alas. ✕
 —No, quiero volar en globo. Los humanos no tenemos alas.

—¿Quién te dijo eso?

—Mamá.

—Tu mamá está equivocada. Hay humanos con alas.

—¿En serio? ¿Los podré conocer algún día?

—Sí, mi amor.

Ese fue el momento exacto en el que llegó Camila.

—¿De qué hablan?— preguntó.

—De nada.

—Que hay humanos con alas.

—Deja de mentirle, Ramiro. Los niños después se creen todo.

—Es para fomentar la imaginación.

—Dile que es mentira o va a tener pesadillas en la noche.

* Todavía discutía con ella, trataba de hacerla cambiar de opinión. Pero eso fue hace mucho. (6)

—No existen, hijos, los hombres con alas.

Entonces nos tomó la foto.

NARRAR / SIN TITULO

Se ciñó a su mente
 La dejó sobre el velador. Trato de entender qué ocurre y cómo llegamos a esta situación. Reviso mentalmente las noticias. Escucho los maullidos de la Cucha, a lo lejos. Miro por la ventana. Se ve cómo los perros corren por otros campos. Se ve fuego a lo lejos. La ciudad se quema. Nada tiene valor realmente. Ni la casa, ni el auto, ni

resta
Camila; ni las renunciadas que hice días tras día, año tras año para que esto funcionara. Solo resta el miedo. El olor del miedo.

Voy hacia la parte baja de la casa. Paso por fuera de la habitación de Javier. Camila me pregunta si tapé bien a Martín.

—Sí, Camila, si lo tapé bien.

Llego hasta la puerta. La Cucha maúlla.

—¿Estás ahí aún?

—No me puedo ir.

—¿Por qué no dejas a la Cucha en la puerta y te vas?

—No podría hacer eso.

—¿Por qué no?

—Porque necesito algo tuyo a cambio.

—No tengo plata.

—De donde vengo, el dinero no tiene valor, ni las joyas. Nada importa tanto la verdad.

—¿Qué quieres entonces? Ya me has quitado casi todo.

—No fui yo, fueron ellos.

—¿Qué quieres?

—A tu mujer.

Miro hacia el segundo piso. Subo.

—Te quiere a ti.

—¿Quién?

—Él... Te quiere a ti.

—¿Quieres que salga? ¿Me estás tomando el pelo?

—Quiero mi gato, mamá.

—Ya, mi amor, el papá va a salir a buscarlo.

La miro serio. Me siento en el sillón. Intento buscar una señal para conectarme con la policía. Nada. Pienso en jaurías devorando todo. Perros blancos, albinos, con ojos de fuego. Furiosos, como bestias del fin del mundo.

Cuando nos casamos con Camila, fue en esta misma casa, pero en esa época era un rancho pequeñito y con los años lo fuimos agrandando. El cura que nos casó había sido excomulgado. Fundó su propia Iglesia. Siempre andaba a todos lados con un quiltro pequeño. Eran buenos amigos.

El día de nuestro matrimonio discutimos con Camila. Llegó un exnovio a la fiesta. Le pregunté por qué. Me dijo que lo invitó, que ya no pasaba nada. Insistí que eso era de mal gusto, por último que fuera una decisión de ambos, no solo de ella. "Bueno, si quieres decirle que se vaya, diceselo". "Tú dile, tú lo invitaste". Me contuve. Lo pasé muy mal, me emborraché. Mis amigos me decían que si quería le podíamos sacar la cresta. Al principio dije no, pero al quinto whisky acepté. Lo busqué por todos lados, pero ya se había ido. Pateé lo primero que se me cruzó. Sillas, mesas, floreros, unos patos que habíamos soltado de adorno. Luego noté que Camila no estaba. Sentí náuseas. Vomité. Noté que había caído a una pileta. Sentí mucho frío, hasta que mi cuerpo comenzó a entibiarse. El agua me cubría y ya ni siquiera quería salir. Me sentí como si estuviera dentro de un vientre. Cuando volví en mí, una ambulancia me llevaba. Sentada junto a mí, con el traje de novia todo sucio, iba Camila. Estiré mi mano para tocarla, ella me miró y me dio un beso. Cálido. Nos reímos.

—Es la mejor fiesta que pudiese haber tenido —me dijo.

Suena la puerta.

Ahí vienen los perros.

Bajo, lento, midiendo los pasos. Me acerco a la puerta. La Cucha ronronea.

—Necesito entrar.

Pienso unos segundos, siento el sonido de la lluvia que cae sobre el pasto, pienso en mí mismo cuando no pensaba en nada y, entonces, abro la puerta.

Entra. Grande, pesado, como agua de pantano. Sube las escaleras mientras va dejando rastros de sombra en la escala.

Cierro los ojos. El viento está tibio, como es el puelche en esta época del año. Escucho solo un grito, agudo, seco. Las gotas mojan mi cara.

Siento pasar la sombra junto a mí. La siento cercana. Silencio. A lo lejos los perros devorándose el mundo que habíamos construido.

Subo corriendo las escalas. Cubiertos con una sábana, están Javier y el gato. Busco el cuerpo de Martín, sin éxito.

Comienza a amanecer.

Sombra

Sombras en el piso frío de Chamiza

Sombra no
cuerpo

Hraclio

I

Cuando revisaron la sombra que estaba en el piso nadie creyó que era un cuerpo. Un jefe de la salmonera reportó que Roberto Vargas Vargas no había llegado a trabajar en ocho días y que aún no cobraba su quincena. La policía se demoró dos días en ir a la dirección que indicaba el contrato de Vargas Vargas. Llegaron tipo ocho de la mañana.

Amanda Nicole Sander Vidal se levantó con dificultad, la noche anterior había estado leyendo hasta tarde después de una fiesta en una sede comunitaria. Había bebido ron y unas cervezas nacionales. Conoció a un chico, bailaron, pero al rato se aburrió. Hablaba solo de autos, de luces de neón y de aves technicolores. Nicole no quería hablar de nada en particular, pero claramente esos no eran sus temas. Regresó alrededor de la una de la madrugada, tomando su bicicleta y dirigiéndose a Chamiza. Lluvia. Vientos de ochenta kilómetros por hora, una sola vía con automovilistas furiosos, ebrios, huyendo de las discos de moda, matando el horror que significaba vivir en un mundo que lentamente agonizaba.

"Un mundo que lentamente
agonizaba" (93)

Pinchó la rueda. La casa estaba lejos aún. Desde su posición podía ver Puerto Montt, las luces titilando a lo lejos, la cruz de la isla Tenglo, rodeada de fogatas de pequeños grupos ecologistas que se la tomaron, la mayoría sin tierras o anarquistas. En ese momento Nicole pensó en lo afortunada que era al tener una casa propia, grande, con una construcción de madera, alemana. Una camioneta se detuvo junto a ella, el tipo se ofreció a llevarla, pero Amanda ni siquiera prestó atención. A esa hora solo podías encontrar a proxenetas, contrabandistas o seminaristas en busca de almas perdidas. Le respondió que no. El tipo dijo algo inentendible y se marchó veloz. Apenas llegó a casa, prendió una pequeña estufa a parafina, encendió un pito de marihuana, abrió un libro de poesía de Enrique Lihn, se sentó en su sofá. Pensó en todas las cosas que podría hacer si su casa no fuese un ancla. En eso tocó la puerta Jannise, una chica argentina que se vino a trabajar a los archipiélagos, daltónica, media torpe para hablar y con huellas visibles de fumar *ñoko*. Quería pedirle un par de días para pagar el arriendo. Le contó que se había atrevido a tocar porque vio la luz encendida. Se justificó con que la empresa aún no les pagaba la quincena. Amanda le advirtió que lleva varios meses atrasándose y que no era justo. Jannise se excusó, pero Amanda debía mostrarse firme, era la única manera de mantener a flote su negocio.

Apenas se fue Jannise, se sentó, quiso leer, pero ya se había desconcentrado. Se puso unos audífonos, colocó un disco antiguo de Currente 93: *All The Pretty Little Horses*.

Apagó la luz. Contó las gotas de lluvia que chocaban como luciérnagas locas contra la ventana. Se durmió.

La despertaron los golpes en la puerta. No quería abrir, pero al escuchar que era la policía se apresuró en atender, no sin antes botar la marihuana y esconder el libro de Lihn. Era viernes, el único día libre que tenía desde que trabajaba en el frigorífico de Andesmar. En la puerta estaba el teniente Rivera, un tipo bajito, de lentes, algo mayor ya, con unas canas en ciernes. Le mostró una foto de Roberto Vargas Vargas y le preguntó si vivía ahí. Amanda asintió, dubitativa, y lo condujo por los pasillos. Subieron al segundo piso y casi al final de ese pasillo estaba el cuarto que había arrendado Vargas Vargas. Amanda se mostró nerviosa, principalmente porque estaba regularizando los papeles para transformar el lugar en una hostería, aunque por el momento no tenía la patente.

Tocaron un par de veces, pero no hubo respuesta. Rivera aguzó el oído para escuchar ruidos, pero solo respondió la lluvia que golpeaba el techo y las ventanas. Amanda abrió la puerta con la llave maestra. Primero fue un olor a neftalina, a pájaros sueltos, a libros quemados. Una habitación pequeña, una cama de una plaza deshecha, una cómoda con poca ropa, una hilera de cassetes, un walkman, un par de libros de Omar Cáceres y Miguel Serrano y una sombra con forma humana en el piso. Amanda en ese momento pensó en el Holodomor en Chiloé. Rivera la miró, sacó de su chaqueta una bolsa ziploc y un lápiz Bic, miró la sombra, se agachó y con el lápiz extrajo una muestra. Una mancha, eso era, una mancha en el piso, boca abajo, húmeda, como carbón de

*Cuerpo reducido
a una mancha en
el piso*

ulmo, suave, brillante. Rivera la introdujo con cuidado en una bolsa, para llevarla al laboratorio.

Había un muerto en el piso que se había convertido en sombra.

2

Había sido un verano largo y lluvioso. Al parecer el Niño Godzilla había llegado para quedarse. Luego del Holodomor chilote, las cosas no andaban bien en ninguna parte, menos en Puerto Montt. Cada dos o tres días las calles se llenaban de chicos punkies devotos de Judas Priest, anarcoterroristas, kumas ninja o grupos protofascistas. Ellos se habían adueñado de los barrios en la ciudad, y en las noches era común verlos protestar. Hacían fogatas en la esquinas, armaban piquetes y gritaban consignas intraducibles. Puerto Montt se había transformado en una verdadera Tierra del Fuego. Quemaban autos, ocupaban casas, cobraban peajes en la salida a Chamiza. La vida se había vuelto difícil en la única ciudad que hace unos seis años había llegado al 99,9% de empleo. Una vez que cerraron las salmoneras, la mayoría de las personas se había ido a trabajar a las fábricas de autos y celulares que se instalaron en la zona industrial, y donde antes era común ver camionetas rojas de seguridad, ahora solo había buses blancos y verdes de acercamiento. Se trataba de un lugar donde era fácil encontrar mano de obra barata. ✱

Era una ciudad complicada, con zonas rojas. A algunas de ellas la policía ya ni iba. Por tanto, encontrar un

muerto en la población Chamiza, la más peligrosa de la ciudad, era como asistir a tu propio entierro.

Rivera le pidió a Amanda que no entrara a la habitación o que la desocupara por lo menos setenta y dos horas, mientras se realizaban los análisis de rigor. Ella preguntó la razón por la que vinculaba a Vargas Vargas con esa sombra. Rivera no contestó y sacó unas fotos del lugar con su celular. Rivera le preguntó si era chico o chica. Amanda se quedó en silencio. "Las dos cosas". "¿Trabaja?". "Andesmar". "¿5 por 2, 12 por 4?". "No, turnos diarios". "¿Mañana a qué hora entra?". "A las siete y media de la mañana". "Llame hoy a su jefe y dígame que no va a poder ir mañana ni pasado mañana; mientras no tengamos claro por qué murió el chico y por qué ahora es una sombra". "No puedo faltar, hay una fila de un kilómetro esperando mi puesto". "¿Qué ocurriría si es un virus?", preguntó Rivera, cerrando la conversación. Amanda quedó preocupada. Rivera le dio un número de teléfono por si venía alguien a buscar a Vargas Vargas. Se despidió de manera fría. Amanda se quedó mirando el lugar, tratando de reconocerlo. Sintió un escalofrío en la espalda. Salió y cerró la puerta. Mientras bajaba la escalera pensó en cómo le explicaría a su jefe la ausencia, pensó en la muerte, en su propia muerte; pensó en un caballo que corría a orillas del mar y también pensó en Vargas Vargas, a quién definitivamente no conocía.

→ Virel

Hace mucho tiempo que no tenía más de un día libre. Se dedicó a parchar su bicicleta, limpió el jarrón donde guardaba las cenizas de su padre y atendió algunas cosas de la casa, como arreglar el timbre de la entrada, corregir la señal pirata de internet, limpiar los pisos.

Jannise se le acercó antes de ir al trabajo, le dio las gracias de nuevo por la oportunidad de dejarla estar en la pieza y le prometió que no le iba a fallar, nunca, que ella era una mujer de palabra. "Ya sabes, la rueda de la fortuna, un día abajo y ¡zas!, la mañana siguiente arriba de nuevo".

*Dr. Jekyll
Fragilidad* Amanda sabía, en su fuero interno, que Jannise no era mala persona, pero terminaría mal, tal como su prima Marcela, que de tanto ir y venir por las calles solas, terminó viviendo bajo un puente donde el agua que corre siempre es fría. "Hay personas que están hechas de aire y tarde o temprano vuelven al aire; no sacas nada con asirlas, atraparlas o ponerles una malla para la caída, siempre irán donde las lleve el viento", decía su madre. Amanda intentó poner el portón, pero la verdad no tenía la fuerza necesaria. Se tomó un té, mirando el mar de Chamiza. Sintonizó la radio local por si salía la noticia de Vargas Vargas en ella, pero no hubo nada. Sostuvo la tarjeta del inspector Rivera, quiso llamar para saber si vendría, pero decidió que lo mejor era no presionar.

Sonó su teléfono celular. Era su jefe, la necesitaba para el turno de la noche, un *gañán* se había accidentado y necesitaba a todo el personal. Amanda intentó explicarle

que no podía comprometerse ya que estaba esperando la visita de la policía y el fiscal, que había un cadáver transformado en sombra en uno de los cuartos que arrendaba. Pero en vez de eso, le respondió que sí, que iría. Colgó. El viento le dio en la cara. En otra época, antes del Holodomor, vivir en el sur era un sueño hecho realidad. Mar limpio, peces, aves, la espesura de los bosques, el aire limpio. Luego vino lo que todos ya sabemos. Cerca de las cuatro de la tarde decidió dormir una siesta. Se acostó sobre la cama. Puso música. Algo de Portishead. La música del fin del mundo, del fin de los tiempos. Cerró los ojos. Confundió sueños con deseos. Confundió amores perdidos con películas. Se vio a sí misma, cincuenta años después, en una tierra desolada, plantando girasoles, liberando pájaros enjaulados. El amanecer de los muertos que esperan el día exacto para vivir. De pronto, el celular: "Estamos abajo". Miró la hora. Apenas había dormido diez minutos. Le dolió la cabeza.

Hizo entrar a los policías, esta vez Rivera no venía solo, notó que algo extraño estaba ocurriendo. Traían mascarillas, guantes. Un tipo le tomó el brazo, la hizo sentar y le buscó la vena. Amanda, extrañada, se dejó llevar. No sabía cómo reaccionar frente a la situación. "¿Qué es?", susurró. El policía le indicó que era una inyección por el posible contagio. "¿Contagio?". El policía asintió. Rivera llevaba una mascarilla de cobre conectada a una especie de pulmón que se inflaba y desinflaba al ritmo de la respiración sobre su espalda. Parecía un hombre venido de otro planeta. Amanda sintió temor. Sus pequeños ojos azules, dormidos, se abrieron, se vio a sí misma en el

*El fin del mundo
del fin de los tiempos
Cerró los ojos
Confundió sueños con deseos
Confundió amores perdidos con películas
Se vio a sí misma, cincuenta años después
en una tierra desolada, plantando girasoles, liberando pájaros enjaulados
El amanecer de los muertos que esperan el día exacto para vivir
De pronto, el celular: "Estamos abajo"*

avatar. “¿Es alérgica a algún analgésico?”. Ella negó con la cabeza. “Solo gluten”. “¿Algún antiviral ETS?”. Volvió a negar. Sintió el pinchazo en su brazo izquierdo. Lo sintió arder. Luego, otro hombre, le pasó un bolso con un traje de fibra de cobre, de color naranja. Amanda fue a su habitación y se puso el traje, que traía una mascarilla similar a la de Rivera. Luego subió a la habitación de Vargas Vargas. Los policías revisaban sus cosas, las miraban y las que les parecían interesantes las iban guardando en bolsas transparentes. Así estuvieron por lo menos una hora. “¿Qué sabía de él?”. No mucho, que tenía veintiún años, que venía del campo, que escuchaba Judas Priest y AC/DC, que no tenía amigos. Que trabajaban en turnos distintos, ya que nunca se topaban. Pagaba al contado y al día, le metía el sobre con el dinero por debajo de la puerta y ella, en respuesta, le dejaba una nota de recibido. Pero nada más. “¿Siempre es así usted?”. “¿Cómo así?”. “¿Recibe gente y no averigua nada de ellos?”. Amanda refutó: “Cada uno en lo suyo, es mejor así”.

Rivera asintió y le informó que se llevarían el cadáver; mientras dijo eso, sus hombres comenzaron a meter los restos de la sombra en bolsas también de cobre. Rivera le advirtió antes de salir que iban a regresar. Amanda respondió que debía volver al trabajo.

—No lo creo, señorita —agregó Rivera—. Esta casa y usted están en cuarentena. Nadie puede entrar ni salir.

No dejaron que respondiera y se fueron. Volvió a su habitación. Se quitó la ropa frente al espejo, se vio a sí misma y pensó que iba a morir. Como si un ángel se hubiera parado en su puerta y le hubiese dicho: “No vives”.

Ángel → Apocalipsis
Sentencia

De pronto, un hilo de sangre comenzó a correr por su nariz.

Fue una tarde hace ocho o nueve años. Con su mamá habían ido a una celebración de colegio. Jugaron bingo, no ganaron nada, pero no se sorprendieron, ya que nunca ganaban. Después fueron a tomar un café al centro. Su mamá estaba nerviosa, miraba la hora a cada rato, como si esperara algo o a alguien. Amanda se lo hizo saber, pero su madre evadió la respuesta. En cambio, habló de mil temas a la vez. Que las flores cierran sus hojas en la noche y las abren de día, que la casa cuesta mucho mantenerla, que las personas podrían enamorarse por lo menos cinco veces en la vida y que incluso enamorada, te pudieras enamorar de otra persona al mismo tiempo. Sonrió. Le tomó la mano y le dijo: “Sé que no me perdonarás”. Amanda le preguntó qué no le iba a perdonar. Pero nuevamente cambió de tema. Las estrellas muertas titilan a lo lejos, la soledad de los campos de algo, el bello aparecer de este lucero. Frases e ideas inconexas entre sí.

A la mañana siguiente ocurrió el Holodomor y comenzó la diáspora patagónica. Los mares se habían contaminado, de la tierra se desprendía olor a azufre y fósforo. Algunos campos comenzaron a arder y luego el hambre. Todos querían abandonar el lugar. Y ese mismo día, cuando Amanda escuchaba la noticia en su personal estéreo, llegó a casa y su madre se había ido. No dejó

Holodomor: - Hambre contaminado
- Hambre azufre y fósforo
- Hambre hambre

una carta, ni dinero, ni un beso. Simplemente se fue y no regresó. Desde ese momento, Amanda comenzó a vivir sola. Se retiró del colegio, cambió su edad para entrar a trabajar a las salmoneras, las que fueron cerrando una a una, debido al arsénico. Luego lo intentó en las empresas de videojuegos que se instalaron en el sector sur. Arrendó piezas. Una noche de San Juan perdió la virginidad con un chico de Parral al que nunca más vería en la vida. Compró libros usados, quemó la televisión. Descolgó la luz, el internet. Ya nada que pagar, nada que deber. Las empresas de cobranza la olvidaron. Los bancos también. Se compró una bicicleta y la llamo Deisy. Se enamoró en secreto de una pintora casada. Se dieron la mano una noche de primavera que llovió como nunca y se quedaron una noche en una garita sobre la carretera austral. Se abrazaron. Ella sintió su respiración. Sus manos delgadas, frágiles. El latido de su corazón. La pintora la dejó en el puente Chamiza. Antes de irse se acostó en el piso frío. Le dijo: "Me llevaré esta humedad donde vaya". Amanda sonrió. En ese momento, el cielo se despejó. A la mañana siguiente la pintora la llamó muy temprano y le dijo que se iba con su esposo, que ya la Patagonia no era un lugar sano para vivir. Amanda solo respondió "Ok".

Cuando vio la sangre en su nariz, lo único que pensó fue en vivir, aunque fuera el último segundo de vida que- ría vivirlo con dignidad.

Perro

La noche estuvo muy dura. Le dolía el cuerpo a pesar de no haber hecho ningún esfuerzo. Soñó con perros de caza, salvajes, albinos. Soñó con su madre. Soñó con Vargas Vargas la mañana que llegó a su pensión. Le dijo que no tenía dinero, pero que había conseguido trabajo en una empresa electrónica, que le habían dicho que ella arrendaba piezas baratas. Ella le contestó que la casa se caía a pedazos. Vargas Vargas miró la casa y respondió: "Es mejor que de donde vengo". Amanda le dijo que debía dejar algo en prenda mientras le pagaban la primera quincena. Vargas Vargas miró una pequeña maleta que traía junto a él. "Te la puedo dejar con todo lo que tiene". "¿Tiene algo valioso?", preguntó ella. Vargas Vargas asintió. Ella pensó un par de segundos. Un ballena azul surcó el mar. Ambos la miraron: iba rumbo a la Tierra del Fuego.

La despertó el timbre. Miró por la ventana. En la puerta estaba Rivera. Mascarilla, guantes de hule naranjas, zapatos con protección. En la puerta se encontró con Jannise, que quería entrar a la casa. Traía su uniforme del frigorífico. El detective le explicó que la casa estaba en cuarentena. Le preguntó si ella vivía ahí, pero Jannise, al ver la situación, respondió que solo venía a visitar a Amanda. Rivera agregó que mejor no regresara, que la cosa no se veía bien, que se fuera. Jannise miró hacia la ventana de Amanda: ella estaba parada ahí, en el segundo piso, cubierta con su chal; tenía su cabello albino desordenado. Cruzaron sus miradas por un segundo y Jannise

le levantó la mano en señal de despedida. Amanda no respondió el adiós. Sintió miedo. Se sentó en la cama. Miró la habitación. Pensó en el chico que conoció en la disco y con el cual pudo haber tenido sexo. Se miró las manos y vio, con extrañeza, que uno de sus dedos se estaba poniendo negro. Se puso una vendita.

Cuando Rivera la vio, le preguntó qué le había ocurrido en el dedo, pero ella respondió que se había hecho un corte, cocinando. Rivera le preguntó por problemas con el sueño. Amanda negó y para cambiar de tema aprovechó de preguntarle de qué había muerto Roberto Vargas Vargas. El detective se quedó en silencio mientras revisaba los libros del occiso. "Al parecer tenía una novia. ¿Nunca la vio por estos lados?". Amanda lo negó, indicándole nuevamente que nunca se topaban y que Vargas era un tipo muy silencioso. El policía asintió. Amanda preguntó por qué lo de la novia. Rivera agregó: "Escribía poemas". Ella bajó la cabeza. En eso sonó el celular del policía, debía volver, había una especie de motín en el frigorífico. *

Antes de salir, Amanda le preguntó si ya sabía de qué había muerto. El detective respondió: "De un virus".

Llamó a su trabajo, les dijo que aún no podía ir, que no tenía la autorización. El jefe ya sabía lo que había ocurrido y le recomendó que mejor no volviera. Amanda le preguntó qué sabía, ya que a ella ni siquiera "un puto

doctor la había revisado". Pero su jefe le cortó. Sintió el desamparo. Quería llorar, pero no podía. Algo en ella estaba cerrado por fuera y no terminaba de escapar. Revisó los libros de Vargas Vargas y recordó el día de su primera quincena. Se toparon en el pasillo, antes de irse a trabajar. Ese día a Amanda le tocaba turno de dieciocho horas. Decidió tomarlo, porque la casa la ahogaba un poco y no tenía ni dinero ni panoramas para irse a otro lugar. Vargas Vargas era demasiado tímido. Tenía un tatuaje en el cuello, llevaba su cabello muy corto y siempre vestía con poleras de Judas Priest. Le pagó los días de alojamiento y le dijo que quería recuperar por lo menos la mitad de lo que había en la maleta. Amanda le dijo que mejor lo vieran en la noche, que la Deisy y ella estaban listas para ir al trabajo. Miró la bicicleta. "Se llama Mario", susurró él. "¿Quién es Mario?". "Mi maleta, mi maleta se llama Mario", tartamudeó el chico. Amanda esbozó una leve sonrisa y abrió la maleta. Estaba repleta de libros. "¿Libros? ¿pensabas pagar tu pensión con libros?". "Son importantes".

Amanda tomó uno a uno los libros: *La tierra baldía*, *Pedro Páramo*, *El Eternauta*, *Hijo de Ladrón*, *El amor en los tiempos del cólera*, *Siddharta* y una antología de Ezra Pound. "Pura mierda, ¿a quién le importan estos libros?". "A mí me importan". Le pasó el dinero y rescató la mitad de ellos. "A fin de mes te pago lo que te debo y me devuelves el resto". Subió a su habitación. Amanda recogió la mitad de los libros, molesta, se sentía engañada. En su mente se había configurado algo mucho más

valioso. De regreso, en la mañana, bajo la lluvia, pensó en por qué el chico le daba tanto valor a esos libros.

Apenas llegó a casa bebió un té, se acostó en su cama y abrió uno de los libros: *El Eternauta*. Lo ojeó, miró cada una de las viñetas. En la página final, decía: "Te amo" y con otra letra la respuesta: "Yo también". Amanda entendió que Vargas Vargas tenía un romance, un amor, y de ahí la importancia de los libros. Se durmió.

Cada mañana se topaban diez o veinte segundos en el dintel de la puerta. Uno iba y el otro regresaba. Hablaban trivialidades. No obstante, cada vez que Amanda se acostaba, revisaba uno de los libros. En ellos siempre había frases de amor. Pequeños trozos de poemas. Amanda cerraba sus ojos y pensaba que eran para ella. Sentía el murmullo de esas palabras en sus oídos. En las noches miraba la ciudad, y a lo lejos ardía.

Una mañana se toparon, Vargas Vargas pagó lo que le debía y se llevó un par de libros. Se miraron. Ella dijo que tenía libre el lunes, él respondió que también podía pedir ese día libre.

Entonces, cada quince días, los lunes, salían a pasear. A leer a los poetas. A recorrer calles. A contemplar el mar silencioso y oscuro. Y un día, al amanecer, antes de despedirse, hicieron el amor. Se recostaron en el piso frío de una casa abandonada en Chamiza. Ella quiso preguntarle por la novia a la que le escribía poemas de amor en los libros. Pero se contuvo. Se abrazaron y cada uno fue a sus trabajos. Esa fue la última vez que se vieron.

Rivera regresó dos días después, acompañado de una cuadrilla que venía a fumigar el lugar. Nuevamente preguntó por Vargas Vargas y no hubo respuestas. Lo que sí, Rivera le informó que si estaba contagiada de algo la inyección que le pusieron sería suficiente. "¿Por qué alguien que muere se convierte en sombra?". El detective le respondió que últimamente había muchas anomalías en los sistemas. Amanda le preguntó si tenía hijos. El detective masticó un "lamentablemente".

Antes de irse, le dijo que quizás no lo vería más, que el caso estaba cerrado, que no había más casos como ese y que volviera al trabajo. Amanda asintió. El detective cerró la conversación: "Una chica dijo que había sido novia de Vargas Vargas, está embarazada y aislada". La noticia no dejó de impresionar a Amanda. Sintió palidecer y que su corazón latía a mil por hora. "Se llama Jannise, y dice que vivió aquí". Amanda asintió. Le dio la mano muy fríamente y cerró la puerta. Corrió al baño y vomitó. Se miró en el espejo y no comprendió tanta miseria.

Por la noche no pudo dormir. Miró su mano: había un pequeño agujero negro tanto más negro que la noche lluviosa de la Patagonia. Al amanecer preparó su maleta, la llenó con una muda de ropa y unos libros. Amanecía en el estuario. La mañana estaba brumosa. Encendió una antorcha de diario y la dejó caer sobre su cama. No tardó nada en arder. El fuego se apoderó en un par de segundos de la casa de madera.

Amanda corrió hacia la puerta e intentó abrirla, pero las llamas quemaron las vigas del dintel. Era imposible salir.

Meses después, cuando ya había pasado el Holodomor, unos obreros que construían una nueva planta frigorífica encontraron una sombra pegada al suelo.

Enviaron a Rivera a investigar el caso. Tomó unas muestras y le dijo a su asistente: "Es la sombra de un humano, que analicen su ADN".

Encendió un cigarrillo y revisó el lugar.

Había un libro a medio quemar, lo abrió y una de las hojas decía: "Te amo".

Más abajo, con otra letra, una respuesta: "Yo también".

ÍNDICE

<i>Yo soy un pájaro ahora</i>	11
<i>Armas de destrucción masiva</i>	31
<i>La miseria es una mariposa</i>	41
<i>Pinochet love song</i>	51
<i>Mar</i>	69
<i>Perros en la orilla del camino</i>	75
<i>Sombras en el piso frío de Chamiza</i>	91